

SOBRIAGUEZ

OSCAR FELIPE ORTIZ BENAVIDES

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO
2013**

SOBRIAGUEZ

OSCAR FELIPE ORTIZ BENAVIDES

Trabajo de Grado presentado como requisito parcial para optar el título
de Licenciatura en Filosofía y Letras

Asesor:

Mg. Gonzalo Jiménez Mahecha

UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO
2013

“Las ideas y conclusiones aportadas en el Trabajo de Grado son responsabilidad exclusiva del autor.”

Artículo 1° del Acuerdo 324 de Octubre 11 de 1966, emanado del Consejo Directivo de la Universidad de Nariño.

Nota de Aceptación

Firma del Jurado

Firma del Jurado

San Juan de Pasto, noviembre de 2013

A quienes escriben a pesar de todo

AGRADECIMIENTOS

A mi madre Cristina por su comprensión, apoyo, y por tener fe en que lo que hago vale la pena; a mi hermana Valentina, por ser una constante motivación para buscar ser el mejor.

Al profesor Gonzalo Jiménez, mi primer lector, la principal fuente de ayuda para la realización de este trabajo y un excelente motivador para seguir escribiendo.

Al profesor Alfredo Ortiz, pues con su consejo de “dejar en la Universidad algo que sea creación propia”, hizo que, para mi trabajo, me decidiera por este camino.

A Allan Gerardo Luna, por sus magníficas ilustraciones.

Al taller de escritores “Árbol Nómada”, por ser el espacio propicio para iniciarse en la escritura y atreverse a escribir.

A la Biblioteca Luis Ángel Arango y su red de bibliotecas, que pone a disposición de cada usuario libros de todo el país, con lo que amplía enormemente sus posibilidades como lectores.

CONTENIDO

	Pág.
1. ALGUNAS REFLEXIONES PREVIAS	10
1.1 LA ESCRITURA COMO EJERCICIO PEDAGÓGICO	10
1.2 TOMAR CONCIENCIA DE LA UTILIDAD DE LA ESCRITURA	13
1.3 A ESCRIBIR SE APRENDE ESCRIBIENDO	18
1. SOBRIAGUEZ	
2.1 EL ALCALDE BROMISTA	24
2.2 MILAGRO EN LA MONTAÑA	26
2.3 LOS TIEMPOS CAMBIAN	29
2.4 LA LOCA DE LAS BOLSAS	30
2.5 ANSIAS	32
2.6 DECISIÓN IRREVOCABLE	33
2.7 DESEOS	37
2.8 VICIO	40
2.9 GALERAS	42
2.10 QUÉDATE CONMIGO	43
2.11 EL SIRENO	46
2.12 RUTINA	48
2.13 EL MOMENTO DE GLORIA	51
2.14 LIMPIEZA SOCIAL	52
2.15 EL MONSTRUO BAJO LA CAMA	56
2.16 CAMINATA NOCTURNA	59
2.17 ÁNGEL DE LA GUARDA	63
2.18 JUSTIFICACIÓN	64
2.19 ATARDECER CONGELÁNDOSE EN MI MEMORIA	66

LISTA DE ILUSTRACIONES

	Pág.
Figura 1.	23
Figura 2.	28
Figura 3.	31
Figura 4.	36
Figura 5.	41
Figura 6.	45
Figura 7.	50
Figura 8.	55
Figura 9.	62
Figura 10.	65

RESUMEN

EL EJERCITARSE EN LA ESCRITURA TIENE MUCHAS VENTAJAS, TANTO INDIVIDUALES COMO SOCIALES, QUE VAN DESDE LO VIVENCIAL HASTA LO ACADÉMICO. EL DESARROLLO DE FACULTADES, COMO EL LENGUAJE O LA IMAGINACIÓN, Y OTRAS MÁS (DISCIPLINA, INVESTIGACIÓN), NO PUEDE QUEDARSE EN SIMPLES LOGROS DE UN CURRÍCULO QUE SE MANEJE DESDE LEJOS, ESTÉRILMENTE; MÁS AÚN CUANDO LA SOCIEDAD ACTUAL EXIGE TANTO EL DESARROLLO DE ESTAS FACULTADES PARA SOLUCIONAR SUS PROPIAS CONTRADICCIONES, LA NECESIDAD DE UNA AXIOLOGÍA Y EL MEJORAMIENTO DE LA COMUNICACIÓN, Y DE UNA INVENTIVA AMPLIA PARA SER CAPAZ DE PLANTEAR ALTERNATIVAS CREATIVAS ANTE LOS PROBLEMAS PRESENTES. ASÍ, EL EJERCICIO DE ESCRIBIR, TANTO COMO LA REFLEXIÓN SOBRE LA ESCRITURA Y LA ENSEÑANZA, BUSCAN CONTRIBUIR A RESPONDER A LAS EXIGENCIAS SOCIALES DEL PRESENTE EN GENERAL, DESDE EL QUEHACER PEDAGÓGICO, LA CREACIÓN DE NUEVOS CONCEPTOS, EL MANEJO Y LA COMPRESIÓN DEL LENGUAJE. ESTE TRABAJO PRETENDE SER PARTE DE ESA REFLEXIÓN Y PRÁCTICA.

Palabras claves: Creación, Enseñanza, Escritura, Habilidades comunicativas, Imaginación, Producción literaria, Relatos.

ABSTRACT

THE EXERCISE IN WRITING HAS MANY ADVANTAGES, BOTH INDIVIDUAL AND SOCIAL, FROM THE EXPERIENTIAL TO ACADEMICS. THE DEVELOPMENT OF FACULTIES, SUCH AS LANGUAGE OR IMAGINATION, AND OTHERS (DISCIPLINE, RESEARCH) CANNOT REMAIN MERE ACHIEVEMENT OF A CURRICULUM THAT IS MANAGED FROM AFAR, VAINLY; ESPECIALLY WHEN THE CURRENT SOCIETY REQUIRES BOTH THE DEVELOPMENT OF THESE POWERS TO RESOLVE ITS OWN CONTRADICTIONS, THE NEED FOR AN AXIOLOGY AND IMPROVING COMMUNICATION, AND INVENTIVENESS BROAD TO BE ABLE TO PROPOSE CREATIVE ALTERNATIVES TO THE PRESENT PROBLEMS. THUS, THE EXERCISE OF WRITING, AS WELL AS REFLECTION ON WRITING AND TEACHING, SEEKING HELP TO MEET AN ANSWER TO THE CONTEMPORARY SOCIAL DEMANDS IN GENERAL, FROM THE PEDAGOGICAL, THE CREATION OF NEW CONCEPTS, MANAGEMENT AND LANGUAGE COMPREHENSION. THIS WORK AIMS TO BE PART OF THAT REFLECTION AND PRACTICE.

Keywords: Creation, Communication skills, Imagination, Literary production, Stories, Teaching, Writing.

ALGUNAS REFLEXIONES PREVIAS

A continuación se incluyen unas reflexiones preliminares sobre la escritura como ejercicio pedagógico, sobre una toma de conciencia sobre la utilidad de la escritura y respecto a la forma como se constituye el oficio de la escritura.

1.1 LA ESCRITURA COMO EJERCICIO PEDAGÓGICO

Se cree muchas veces que únicamente existen dos formas y pasos complementarios de prepararse para ser profesor: estudiar la teoría pedagógica y la práctica docente en el aula, pero, mediante este ejercicio de escritura, se va a mostrar que se abre la posibilidad de existencia de una tercera forma de prepararse como profesor, que no tiene relación directa con las teorías pedagógicas y que se hace fuera del aula. Resulta necesario aceptar la premisa de que un profesor de literatura debe ser un buen lector y que, independiente a las corrientes pedagógicas que estudiase y las prácticas lúdicas que asimilase para enseñar, existe un estado más que, en la mayoría de casos, surge en la espontaneidad de la vida cotidiana, y que con seguridad es una de las motivaciones principales que lo ha llevado a elegir la senda de dedicarse a la profesión: tal estado, espontáneo o aprendido, es el amor por la lectura, esa condición de lector que está antes de la condición de ser profesor o erudito de la historia de la literatura.

Seguro, antes de conocer los cánones literarios, todo profesor ya había hecho un recorrido por su propia biografía literaria y, surgido de la espontaneidad, se convirtió, sin saberlo tal vez, en un ejercicio de preparación para su futura labor docente: conocer el gusto por un libro, por un determinado género, tener una propia rutina de lectura, conocer algunas estrategias para leer y para descubrir textos, unos cánones subjetivos de autores y obras, y un gusto estético independiente en un primer momento de la teoría estética de apreciación de textos, es una práctica que trasciende el ámbito académico, pero que, en su espontaneidad y también en su libertad, se constituye en una fuente de aporte para ello.

Prepararse para enseñar un determinado campo del saber, no es simplemente prepararse para enseñar en la forma adecuada, sino interiorizar tal ciencia en la vida cotidiana, desde una responsabilidad ética que eliminase la manía esquizoide que tanto mal le hace a la educación, de enseñar sin convicción, de manera mecánica y superficial^{*}; se podría decir que es una aberración un profesor de literatura que no fuese un lector, como sería una aberración un veterinario alejado por completo del cuidado de los animales.

* “Hay muchos otros motivos para querer aprender. Cada docente recordará los suyos. Esos motivos, los propios forman parte de lo que hemos de enseñar cuando enseñamos nuestra materia. Tenemos que invitar a los alumnos al banquete del conocimiento. Demostrarles que ofrece bocados exquisitos. Por ello estamos nosotros en la academia. Porque tiene algo que vale la pena.” (Carlino, p. 160)

Ahora, ser lector no es la única habilidad que se debe desarrollar para luego buscar ser promotor de las habilidades del lenguaje en los estudiantes; también existe una de suma importancia y que se tiene descuidada, ya fuese por la carencia de cultura en este ámbito, o por la dificultades que esta misma tarea exige, que es la escritura, que resulta una labor igual de esencial que la capacidad lectora, que incluso va relacionada con la primera y que se complementan como empeños aliados dentro del lenguaje y como funciones sociales de alto nivel. La conclusión más contundente de este ejercicio de escritura ha sido ver la necesidad de realizarlo como preparación extra-aula al reto de enfrentarse a la educación como profesión.

También se podría afirmar que resulta una aberración un profesor de literatura o lengua castellana que no fuese un escritor, al menos ocasional, aunque esta afirmación resulta más problemática, pero se debe a una serie de prejuicios en la enseñanza que alejan al profesor y, por ende, al estudiante de la escritura, prejuicios que van a ser analizados aquí, pero antes es necesario dejar por sentado que el desarrollo de la habilidad de la escritura, dentro del plan curricular de un profesor de literatura o lengua castellana, es una obligación siempre presente, y no una opción. En los Lineamientos Curriculares que propone el Ministerio de Educación Nacional de Colombia, con respecto a la enseñanza de la Lengua Castellana, se señala como uno de los logros de esta disciplina, el adquirir la habilidad comunicativa de la escritura¹, y con esta la competencia poética, que se define como: “la capacidad de un sujeto para inventar mundos posibles a través de los lenguajes, e innovar en el uso de los mismos”².

De esta forma, aquellos que aspiran a asumir y ejercer la enseñanza de la Filosofía, la Lengua Castellana y la Literatura, deben prepararse para fomentar el desarrollo de esta habilidad y competencia y, para esto, uno de los caminos, y de seguro el más eficaz para adquirir la capacidad de responder a estas exigencias, es enfrentarse cada uno a la escritura y hacer de este ejercicio una reflexión, para luego aplicarlo en el aula de clase, con lo que así se quiere combatir también la creencia popular, y muchas veces la incapacidad, muy bien sintetizada en la frase de George Bernard Shaw, como crítica a la enseñanza: “Quien sabe lo hace; quien no lo sabe, enseña”³.

Es común, en las instituciones educativas, identificar distintos tipos de profesores: el que explica muy bien el contenido de su materia y sabe darlo a conocer de la mejor manera, pero que no parece muy relacionado con lo que enseña; el que se nota sabe mucho y se desenvuelve en su área como un “pez en el agua”, pero que no sabe transmitirlo; y aquel que sabe enseñar y sabe hacer, que es un beneficio muy escaso, que pocos estudiantes han tenido. Esta tipificación puede tener muchas causas, que van desde las concepciones pedagógicas o su ignorancia de ellas, hasta la circunstancialidad que pudo haber llevado a estudiar una carrera que no apasiona, pero, en la mayoría de los casos, responde a una

¹ MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL. *Serie de Lineamientos Curriculares*, p. 27 [en línea].

² *Ibid.*, p. 29.

³ Luiz Olyntho Telles da Silva. Quien sabe lo hace, quien no lo sabe, enseña [en línea].

concepción de fondo que separa al profesional de una ciencia del profesor que enseña tal ciencia.

En el caso que ahora compete, se podría decir, entre el oficio de ser escritor y el oficio de ser profesor de literatura, que parecen a primera vista dos polos opuestos de este ámbito del saber, como lo expresara el escritor Antonio Muñoz Molina de manera muy didáctica en un discurso dirigido a los profesores de literatura:

Que un novelista pronuncie la primera conferencia de un congreso de profesores de literatura puede ser tan razonable, y al mismo tiempo tan extraño, como que un atracador inaugure un congreso de criminalistas o que una bacteria participe en las conversaciones de microbiólogos. Los novelistas, y en eso se parecen a los atracadores y las bacterias, saben más que nadie de ciertas interioridades de su condición, pero son poco amigos de contarlas. En cuanto a los profesores de literatura, como los criminalistas y los microbiólogos, tienden a veces a pensar, desdichadamente con razón, que los objetos de sus desvelos no son conscientes del trabajo que dedican a ellos. Creo que este mal entendido mutuo procede de esa absurda y rígida separación que ha venido estableciéndose en España entre eso que se llama educación de lo que se llama cultura”.⁴

Muñoz Molina identifica el problema de la diferencia entre un escritor y un profesor de literatura como el resultado de una separación negativa entre la educación y la cultura, teniendo a la cultura como una instancia de lujo que pareciera más bien participar de un sentido consumista del arte y que fuese organizador de esos eventos de productividad, y a la educación relegada a un rincón de lo social, como una práctica obsoleta y sin soluciones⁵.

Y precisamente acierta en que, en el fondo, el problema reside en una orientación respecto a la concepción de lo que es “hacer” y lo que es “enseñar a hacer”, y, en este caso, de lo que es “enseñar” y lo que es “escribir”, separación que se da en la circunstancia presente porque la educación se enfoca más en admirar lo que otros han hecho que en enseñar a hacer. Así, se ve evidenciada como una burla una clase de tecnología donde se intentan asimilar las tecnologías que se traen de otros países, y que llegan de manera invasiva a modificar un *modus vivendi* propio, pero que no se tiene la capacidad de producir ni asimilar por completo debido a una condición de “subdesarrollo”, falsía que la educación se ha encargado de perpetuar y en cuyo pro ha ordenado sus currículos.

Se enseña a apreciar los resultados del arte y de la ciencia como productos esenciales de la humanidad, que otros hicieron y que se está fuera de alcance lograr; de ahí que se concibiesen muchos aprendizajes en la escuela o en la universidad como inútiles, porque no se les logra hallar sentido práctico en la cotidianidad. Ahora, en el sentido tecnológico, la solución a esta “concepción vasalla de la enseñanza” se resuelve, además de con un cambio de mentalidad, con una serie de soluciones económicas y políticas. Pero en el caso de la escritura, donde los recursos para su puesta en práctica son mínimos, en cuanto a recursos materiales, y se alimentan más de recursos humanos, que se pueden hallar en cualquier condición, es un verdadero error seguir replicando un

⁴ Antonio Muñoz Molina. *La disciplina de la imaginación*. Bogotá: Asolectura, 2008. p. 1.

⁵ *Ibid.*

discurso que fuese causante de la mediocridad y del poco reconocimiento que se tuviese en el mundo.

Es verdad que cada uno puede tomar los dos caminos, ser profesor de literatura y ser escritor, y separarlos, pero es injusto establecer entre ellos categorías jerárquicas, cuando el uno depende del otro; además, es una deficiencia formativa el no atreverse a poner en práctica los conceptos aprendidos, como alguien que se llena de saberes de lujo, que le van a servir para presumir dentro de las élites en que se maneje su ciencia, y como un instrumento mediocre de lucro, más que como un estilo de vida.

Enfrentarse a la escritura, no sólo es escribir un texto, sino también reescribir la historia, entender la carencia que se tiene de disciplina y de actitudes investigativas. Como no se ha estado enseñados a crear, sino a copiar, a enfrentarse al terrorífico abismo de la falta de ideas, a pulir y a ser originales, todos aquellos que han debido aprender durante el trayecto de la educación, sólo han aprendido a mirar de lejos hacia los grandes genios, que parecían inhumanos, con técnicas, intuiciones e inspiraciones que no se podría tener; pero también la misma historia muestra que uno de los pocos ámbitos en que esta sociedad ha podido destacarse es en la literatura, y que es una cobardía y una mediocridad seguir tratando la escritura con pinzas, como un sagrado producto de una sociedad superior, sin atreverse siquiera a enfrentarse al desafío y aunque fuese fallar en el intento.

Por esto, la preparación del profesor exige un enfrentamiento a esos retos que requiere la enseñanza de su saber, y así la escritura debe dejar de concebirse como un lujo que algún licenciado aplicado se da, como un trabajo extra a su profesión, para convertirse más bien en un ejercicio esencial, que va a medir su compromiso y coherencia con el ámbito que enseña. Independiente del talento o no que posea o desarrolle, un profesor de literatura debe conocer todo lo que el proceso de escribir implica, y más en una sociedad de poca cultura letrada, lo que no puede hacer sólo con leer las experiencias de otro o al ver simplemente el resultado del trabajo de alguien más, sino con la decisión de abandonar su zona de comodidad, que ha creado la mala educación, con el prejuicio de que un profesor es un profesional frustrado, que adquiere sus conocimientos de la seguridad de alguna enciclopedia, y no alguien que conoce lo que enseña y se ha preparado para ser un verdadero orientador en el camino hacia una educación fructífera.

1.2 TOMAR CONCIENCIA DE LA UTILIDAD DE LA ESCRITURA

Cuando se enfoca la escritura hacia la preparación de la futura actividad docente, no sólo es pertinente llegar a ser consciente del proceso que en sí conlleva, sino también dentro del mismo proceso de la escritura es necesario reflexionar acerca del valor que tiene en el proceso educativo. Es muy común ahora preguntarse para qué sirve tal contenido o enseñanza; es más, los estudiantes están constantemente preguntándose acerca del valor utilitario de cada contenido o técnica que aprenden, tal vez por estar prisioneros de una mentalidad que reduce todo a términos utilitarios, de lo que es productivo en cuanto a los fines que alcanza, pero también debido a que en la educación sigue habiendo dogmas y contenidos sagrados, que se siguen enseñando sin aplicación alguna, solo por el peso de la tradición o los cánones. Pero, ahora, el fin de la educación

ya no es transmitir verdades universales, sino participar en la dinámica de la construcción social y, por tanto, no debe estar exenta de evaluarse constantemente en sus contenidos, para no llegar a convertirse en una práctica de lo obsoleto o lo no vivencial.

Pero la pregunta sobre la utilidad de la literatura, y más específicamente de la escritura, no es un tema que sólo les llega a los alumnos a la hora de enfrentarse a las materias de este campo, sino que se discute a los mismos profesionales dedicados a ella; el escritor y educador argentino Pablo Doberti⁶ expresa esta inquietud, en uno de sus blogs, así:

Se me da la escritura [...] El problema es que eso que se me da tan bien no sé para qué sirve hoy día. No sé qué hacer con mi don, aunque no pueda parar de escribir. No sé cómo hacer para que valga la pena o si soy yo que ya no estoy valiendo la pena. Veo por aquí y por allá que la lectura cae en extinción. Veo y constato — digamos. Yo mismo leo bastante menos que antes y de manera muy distinta.

Así mismo, el poeta Luis García Montero⁷ denuncia una crisis de la literatura y de sus actividades afines: "... la situación precaria del libro en la actualidad o la situación de las humanidades en los programas de estudio y en los presupuestos aprobados por nuestras autoridades". Esta preocupación sobre la utilidad de la literatura, sobre todo para quien quisiera dedicarse a alguna actividad afín a ella, debería ser una prioridad, que se debe resolver de manera profunda.

Este asunto es consecuencia, en el caso de este trabajo, del enfrentarse al reto de escribir; algunos aducen que esta pregunta sobre la utilidad de la escritura o de la literatura, en un ámbito más general, es una inquietud implantada por un sistema ideológico que en su ordenamiento relega a la literatura y la somete a juicio frente a sus esquemas de lo que es útil y, si allí se ubica a la escritura, va a salir perdiendo, por lo que temen enfrentarse a ella y por lo que temen encontrar que aquello por lo que se trabaja, y que a veces se sacraliza, ya no tiene un valor práctico en la actualidad, ya que este interrogante es un indicativo de que existen factores que han hecho que se inquietasen y polemizasen los profesionales afines a la literatura y a los estudiantes acerca de su valor, como un área importante del aprendizaje y la enseñanza, para intentar aclarar supuestos, como el que señala que: "La marginación de los saberes humanísticos (...) convierte a la literatura en un saber inútil que no interesa a nadie, ni siquiera a quien la imparte"⁸.

Pero, también, este rechazo a la pregunta por lo útil muestra cómo un sistema ideológico puede tener viciados los esquemas mentales de sus detractores que, dentro de su inconformidad, no se le contraponen, sino que legitiman su discurso; así, es obvio que, en una jerarquía de valores ya constituida, donde a la literatura se la ubica en último nivel, su enseñanza y práctica va a estar siempre en desventaja, precisamente porque se sigue juzgando desde los mismos principios del sistema al que se pretende atacar o con el que se está inconforme, lo que, en este caso, vuelve a la pregunta por la utilidad una pregunta que tiene como respuesta complacer al discurso ideológico y entrar dentro del orden del sistema dominante.

⁶ Pablo Doberti (13/08/2013). *Escribir hoy* [Pijama Surf] [en línea].

⁷ ¿Por qué no es útil la literatura? [en línea].

⁸ Muñoz Molina, *Op. cit.*, p. 70.

Esta contradicción, a nivel del pensamiento, de avalar un discurso cuando se lo pretende contrariar^{*}, está presente en todos los niveles del saber, uno de cuyos ejemplos claros es la discusión sobre la científicidad de las humanidades, en la que, desde los esquemas de la ideología imperante, no se las juzga como un saber científico diferente, sino que, con sus cánones, se pretende juzgarlas por los datos objetivos que arrojasen, cuando esto es una necesidad ya que objeto de estudio no es precisamente un objeto, sino un sujeto. Ahora, detectado este recurrente y peligroso error del discurso y al nuclearlo en el caso de la pregunta sobre la utilidad, el problema radica en su concepto, lo que no dejaría apreciar otras opciones, ya que es acercarse a un objeto con el instrumento contaminado; Luis García Montero plantea este asunto así:

La cara económica que define nuestras costumbres sociales ha identificado utilidad con negocio, con ganancia rápida, llegándose incluso a cargar de carácter negativo el concepto de utilidad, sobre todo en arte, ya que la belleza y la profundidad humanas han venido siendo los primeros sacrificados en el utilitarismo negociante de las sociedades industriales.⁹

Denunciado este “carácter negativo del concepto de utilidad” que se establece muchas veces como el único concepto válido existente, se abren nuevas puertas para responder en forma más amplia y concreta a la pregunta: ¿por qué es útil la enseñanza de la escritura?, pregunta que se puede responder al poner en contexto la pugna que la escritura tiene con las nuevas tecnologías y que enfrenta un sistema axiológico que, en este caso, plantea como contrarios a la imagen y la palabra.

Este fenómeno, en términos de Giovanni Sartori, se describe como “que el video está transformando al *homo sapiens*, producto de la cultura escrita, en un *homo videns* para el cual la palabra esta destronada por la imagen”¹⁰; este paso del *homo sapiens* al *homo videns* que denuncia Sartori, no es un paso evolutivo de menos a más, sino, como él mismo lo afirma, es una “regresión fundamental: el empobrecimiento de la capacidad de entender”¹¹, con lo cual es posible percatarse de que esta subvaloración de la palabra escrita es injusta y que, más que un avance en el camino del progreso, responde a la no preparación frente a un fenómeno que parece habersele escapado de las manos al hombre: el desarrollo acelerado de las tecnologías multimediales. De aquí que se hubiera querido con ellas remplazar a la cultura escrita y se hubiese generado una cultura facilista que quiere recibir toda la información ya desmenuzada por otras entidades, en detrimento de la propia capacidad cognoscitiva.

Esta reflexión de Sartori ayuda a responder el interrogante sobre la utilidad de la escritura, pues resalta una que es, precisamente, la principal de sus virtudes, su papel dentro del desarrollo cognitivo, no de cualquier forma, sino de un modo especial, que no se queda en las habilidades más básicas, sino que aspira a desarrollar las habilidades de niveles más altos, al ser la herramienta más efectiva de desarrollo cognitivo, por ende de

* “[los poetas] se han consagrado a la inutilidad, sin plantearse un sentido más digno y más poético de lo útil” (García Montero p. 33).

⁹ *Ibid.*, p. 31.

¹⁰ Giovanni Sartori. *Homo videns: La sociedad teledirigida*. Madrid: Taurus, 1998, p. 11.

¹¹ *Ibid.*, p. 43.

habilidades y capacidades tan útiles para la vida tanto personal como social del hombre, en todos los ámbitos.

Daniel Cassany señala a la escritura como el ejercicio más eficaz para desarrollar los “procesos mentales superiores”¹², cuando se refiere a esos procesos mentales más complejos y regularmente menos desarrollados y en esencia más necesarios, como, por ejemplo, los nombra: la reflexión, la memoria y la creatividad, por lo que, a su vez, Paula Carlino vendrá a afirmar que es “una de las actividades intelectuales más formativas que existen”¹³ o, en otras de sus palabras, “es uno de los métodos más poderosos para aprender”¹⁴ y esta utilidad la encuentra en que la escritura le sirve al que la practica en “[...] su doble función: para pensar, clarificar ideas, revisar lo hecho, y escribir para comunicar a otros el resultado de este proceso de reflexión, y así someterlo a discusión crítica”¹⁵.

Entonces, se ve como el ejercicio de la escritura tiene un gran valor utilitario, que no podrá ser desplazado por las nuevas tecnologías, y que hace que la escritura siempre estuviese vigente y, si se quiere, fuese colaboradora del proceso, por lo que Giovanni Sartori afirma que:

Todo el saber del *homo sapiens* se desarrolla en la esfera del *mundo intelligibilis* (de conceptos y de concepciones mentales) que no es en modo alguno el mundo *sensibilis*, el mundo percibido por nuestros sentidos [...] Por tanto lo que nosotros vemos o percibimos concretamente no produce «ideas», pero se insiere en ideas (o conceptos) que lo encuadran y «los significan». Y este es el proceso que se atrofia cuando el *homo sapiens* es suplantado por el *homo videns*. En este último, el lenguaje conceptual (abstracto) es sustituido por el lenguaje perceptivo (concreto) que es íntimamente más pobre, más pobre no sólo en cuanto a palabras (al número de palabras), sino en cuanto a la riqueza de significado, es decir, capacidad connotativa.¹⁶

Este lenguaje conceptual alcanza su mayor nivel de desarrollo en la práctica de la escritura, por eso no debe entenderse como un lujo humano, sino como una herramienta indispensable para su desarrollo* y construcción precisamente de humanidad, una actividad esencial que se ha desarrollado poco en los currículos educativos, tal vez por responder a, como se decía con anterioridad, una educación de “lacayos” que, como buenos futuros obreros, deben ejercitarse más en las actividades manuales que intelectuales, pero que generan, junto con esto, una sociedad atrofiada en lo mental, que

¹² Daniel Cassany. *Describir el escribir*. Barcelona: Paidós, 1993. p. 19.

¹³ Paula Carlino. *Escribir, leer y aprender en la universidad: una introducción a la alfabetización académica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2005, p. 16.

¹⁴ *Ibid.*, p. 21.

¹⁵ *Ibid.*, p. 172.

¹⁶ Sartori, *Op. cit.*, p. 47-48.

* “Bernal llama a la escritura «el más grande invento manual-intelectual creado por el hombre». Goody la llama «la tecnología del intelecto». Así como se otorga naturalidad al habla, también hay consenso en la idea de que la escritura es un artefacto. El hecho de que no haya sociedades sin lenguaje, de es un logro relativamente reciente (de hace 10 o 12 mil años) y su anterioridad ontogenética, ha llevado a muchos estudiosos a posponer la importancia de la escritura respecto al habla. Sin embargo, su advenimiento tardío en la historia humana e individual ni puede hacernos despreciar el importante impacto que ha tenido en la historia de la cultura humana y su valor en las sociedades actuales [...] En fin, la civilización es impensable sin escritura.” Ana Teberosky. *Aprendiendo a escribir*. México: Lukambanda, 1992, p. 60-61.

no sabe hilar sus ideas, que no es capaz de analizar discursos, ni autocorregirse y que no ha desarrollado la suficiente creatividad para poder pensar en soluciones a las contradicciones que su sistema o cultura le presentan, paradigmas que, ante la falta de seres capaces de producir discursos consecuentes y con la capacidad de toma y entrega de la palabra, permanecen de pie como fatales paradojas que no se pueden derrocar, acompasadas con un silencio negador y pesimista.

Por esto, es necesario resaltar esas dos habilidades importantes de la escritura y que se espera se encontrasen en su mayoría en este trabajo. La primera es la imaginación, porque aunque la escritura en general fuese un ejercicio superior y completo, como se ha dicho antes, la escritura narrativa tiene un tinte que busca también desarrollar la imaginación, que es una facultad muy necesaria en la existencia, pero que se ve atrofiada en forma atroz por el estado de cosas en la sociedad, en la que la educación tiene gran parte, pues:

A medida que crecemos y que empiezan a adiestrarnos para el trabajo, para la mansedumbre y para la infelicidad, el hábito de la imaginación se vuelve peligroso o inútil, y sin darnos cuenta lo vamos perdiendo, no porque este sea un proceso tan natural como el cambio de voz, sino porque hay una determinada y eficaz presión social para que no nos convirtamos en seres saludables y felices, sino en súbditos dóciles, en empleados productivos, en lo que antes se decía hombres de provecho. Se rompe entonces lo que en un principio estuvo unido, se trazan las fronteras rigurosas que tal vez ya no sabremos romper, y el juego, la fábula, la imaginación, quedan despojados de su soberanía y convertidos en proscritos.¹⁷

El segundo componente es el de la investigación, donde la escritura juega un papel fundamental. Con seguridad, dentro de los productos académicos de la universidad, este trabajo tendrá una visión relegada frente a otros trabajos, que se dicen de carácter más práctico y tal vez más objetivo, tal vez porque no tiene en sí un índice numérico o por pertenecer a una ciencia humana, pero este trabajo de escritura, como todo trabajo de escritura, cumple dos funciones unidas de manera íntima a la investigación: por un lado, porque la escritura narrativa es una de las actividades investigativas más completas y porque es la escritura en general el medio más eficaz de transmitir y promover la investigación, tanto así que las quejas de la falta de producción investigativa no se deben quizá a la falta de acciones investigativas que se desarrollasen, sino porque no se escriben las experiencias y los resultados debido a la limitación que se tiene, por la gran carencia de la educación para desarrollar la habilidad de la escritura.*

Al reconocerle tantas virtudes a la escritura y, en sí, a la literatura en general, resulta obvio preguntarse siempre ¿por qué los gobiernos no le prestan el interés que debieran dentro de sus currículos? Muñoz Molina da una respuesta a esta pregunta cuando dice: “Estoy seguro es que la única razón es que aún no hemos vencido la voluntad consciente

¹⁷ Muñoz Molina, *Op. cit.*, p. 54.

* “Uno de los aprendizajes que hice junto a ellas es que la buena enseñanza requiere investigación. Investigación que ha de nutrirse de otras investigaciones, de la reflexión sobre el quehacer cotidiano, del diálogo con otros docentes, del diseño creativo de situaciones didácticas consistentes con principios teóricos, de la experimentación en el aula, de la reconstrucción por escrito de lo ocurrido en clase para poder analizarlo y revisarlo. Y que investigar es publicar.” (Carlino, p. 17).

de ignorancia y amnesia que fue el arma más poderosa de la tiranía”¹⁸. Además de ver intereses ocultos en la poca importancia que se le da al desarrollo del lenguaje escrito en la educación, es también necesario señalar un problema evidente que existe en la educación y del que son responsables los agentes más directos en este proceso, que consiste en no poder captar la doble incidencia del impacto educativo, que tal vez no se hace visible porque se evade la pregunta por la utilidad de los contenidos que se enseñan, y es que al enseñar en cualquier campo del saber, en este caso el de la escritura, se espera que el estudiante asimilase dos competencias: por un lado, los contenidos específicos, y, por el otro, las habilidades generales; algunos docentes, que no entienden esta doble funcionalidad de la enseñanza, piensan que lo más importante se refiere a los contenidos como tales que enseñan y no cómo pueden repercutir en la existencia del educando. Tal como ya se lo ha señalado aquí, todo conocimiento tiene una utilidad no solo enciclopédica, sino también existencial, como es el caso de la escritura narrativa, en que no sólo es necesario que el estudiante conociera lo que implica un relato y supiera admirar estéticamente uno y su forma de componerlo, lo que serviría a un interés de formar personas cultas o futuros profesionales de la literatura, pero que dejaría afuera al resto, y así se podría difundir la idea respecto a la inutilidad de esas enseñanzas, cuando la composición de un relato puede conllevar un aprendizaje más allá necesario a todos, como es la estructuración del pensamiento y el desarrollo de la imaginación, capacidades que no sirven sólo para el ejercicio literario, sino que tienen aplicabilidad en cualquier ámbito de la vida humana.

Saber cómo solucionar un problema creativamente es resultado de una ejercitación de la imaginación; para tener una perspectiva crítica, ayuda el ser capaz de tomar la voz con los escritos, como expresiones del interior y de lo que se ha aprendido, poder organizar las ideas, poder desarrollar un análisis global de un discurso propio o ajeno, saber autocorregirse, son lecciones que se aprenden al enfrentarse al reto de escribir, y que van más allá de la literatura, para intervenir en muchos aspectos de la actividad personal y social. Por todo esto, Luis García Montero no se equivoca cuando asevera que:

Nada hay más útil que la literatura, porque ella nos enseña a interpretar la ideología y nos convierte en seres libres al demostrarnos que todo puede ser creado y destruido, que las palabras se ponen unas detrás de otras como los días de un calendario, que vivimos, en fin, en un simulacro decisivo, en una realidad edificada, como los humildes poemas o los grandes relatos, y que podemos transformarla a nuestro gusto, abriendo o cerrando una página, escogiendo el final que más nos convenga, sin humillarnos a verdades aceptadas con anterioridad. Porque nada existe con anterioridad, sólo el vacío; todo empieza cuando el estilete, la pluma, las letras de la máquina o el ordenador se inclinan sobre la superficie de la piel o el papel para inaugurar la realidad, así, del mismo modo, se inclinan sobre el mundo las manos de los que quieren y pueden escribir su historia.¹⁹

¹⁸ Muñoz Molina, *Ibid.*, p. 68.

¹⁹ *Ibid.*, p. 40.

1.3 A ESCRIBIR SE APRENDE ESCRIBIENDO

En contra de toda teoría innatista acerca de la concepción de lo que es un escritor, la máxima de fondo que sostiene este trabajo es que “el oficio de escribir se aprende escribiendo”, frase que suele atribuirse a Simone de Beauvoir, pero que, de seguro, ya se había formulado desde la antigüedad, con la máxima latina que reza “Scribere scribendum discas”²⁰ y que tiene un sentido similar, concepción que se afirma con la práctica de la escritura hecha en este trabajo, que pretende ser un atreverse a enfrentarse a la escritura y a los retos que trae consigo, independiente del talento que se juzgase pudiera tener el autor, y dónde se descubrió cómo este ejercicio habría llegado a tener utilidades muy prácticas, como la preparación cognoscitiva que implica y la utilidad pedagógica que tiene.

Lo que a veces suele denominarse talento no es un asunto que lo marcara la genética de cada persona, sino que es el resultado de una familiaridad con el mundo de lo escrito y una ejercitación constante en este campo. Independiente de deficiencias o habilidades que se pudieran tener a nivel cognoscitivo, la escritura es una actividad que no surge de manera espontánea; puede surgir el deseo por escribir, pero las habilidades de escritura sólo pueden alcanzarse en la práctica.

Ahora, esta conclusión tiene consecuencias pedagógicas, ya que abre la posibilidad de querer enseñarles a todos a desarrollar las habilidades para la escritura; es verdad que no todos los estudiantes tienen las mismas inclinaciones en cuanto a sus intereses, pero en vez de dividir a los estudiantes en los que poseen un talento para escribir y quienes no lo poseen, como si cada uno viniera con una misión preestablecida, se pueden analizar los factores que hacen que tal estudiante poseyera una mayor habilidad para expresarse de manera escrita y otro no, pero sin dejar atrás que los dos pueden alcanzar un nivel de escritura deseado por medio de la práctica, lo que implica que la necesidad de desarrollar habilidades escritas en los estudiantes, además de las mínimas que suelen imponer los currículos, es indispensable y de eso no se debe excluir a ningún estudiante. Así planteado, un error común en el que se cae a la hora de intentar desarrollar estas habilidades en los estudiantes es darles a conocer un ejemplo de texto escrito, por ejemplo, un relato, y pedirles que ellos elaborasen uno y luego evaluar el resultado, sin tener en cuenta el proceso ni haberles hecho un seguimiento que llevara a que mejorasen aquellos que no muestran un nivel satisfactorio, error que suele pasar también porque el mismo profesor de literatura o lengua castellana nunca se ha enfrentado a la escritura y, por ende, desconoce el proceso que lleva consigo, que, por supuesto, va más allá de tener una buena historia que contar y manejar una buena ortografía, sino que relaciona en sí procesos vivenciales, cognitivos y teóricos, que hacen incluso que se reacomode el método de reflexión que poseyera el individuo para poder hilvanar una idea o una historia.

Todo este proceso de escritura es el que requiere un seguimiento, ya que, al contrario de la concepción común, no depende de una inspiración, sino de una decisión consciente de construir una estructura abstracta, y esto es lo que requiere mayor atención²¹.

²⁰ Javier Rodrizales. *A escribir se aprende escribiendo*. San Juan de Pasto: Xexus Edita, 2008, p. 11.

²¹ Edgar Allan Poe. *Método poético y narrativo*. Castellón: El lago Editores, 2001, p. 7.

Así las cosas, se considera que un escritor debe poseer cierta intuición, que le hiciera saber qué proceso debería seguir, cómo constituir la estructura que pretende, y cómo ubicar cada parte en el conjunto del texto. Para algunos, podría creerse que esta es una capacidad que nace con el escritor ya que, como una intuición, aparecería de forma natural y de este modo escaparía incluso a las normativas teóricas existentes, pero esto no es más que una lectura al revés de lo que el proceso de la escritura implica²². Y que esta intuición puede relacionarse con lo que se conoce en psicología como un *insight*^{*}, que no es una idea innata, ni una revelación divina, sino es el resultado de un proceso de familiarización con la escritura y sus procesos, resultado que va más allá de la respuesta consciente y que surge como una estructuración y relacionamiento a nivel cognitivo que, en su facilidad aparente, como un “eureka” accidental, lleva detrás suyo todo un proceso^{**}. Gabriel García Márquez nunca estudió narrativa, pero su gusto por la lectura y el amplio camino que recorrió en ella fueron su escuela para la escritura. Por último, es necesario eliminar esa divinización que existe del escritor, como un ser iluminado, cuando sólo es el resultado de una ejercitación constante en la escritura, de una reorganización interior cognitiva y de una forma particular de apreciación y manifestación de su propio ser²³, lo que abre las puertas para que más personas dejen de ver a la escritura como algo lejano y de culturas superiores, cuando es una actividad que puede desarrollarse con la práctica y el interés, que puede enseñarse y también aprenderse.

²² Sinjania. *Leer mucho para escribir mejor*, [en línea].

* “Quien repetidamente resuelve un problema, se ha dicho que tiene un *insight* (intuición de soluciones). Por lo general un *insight* es tan claro y espontáneo que a menudo nos preguntamos cómo fue posible que no encontráramos la solución. Por lo común, el *insight* se relaciona con la reorganización de los elementos de un problema. Así, vemos el problema desde ángulos nuevos y entonces su solución nos parece obvia.” Denis Coon. *Psicología*. México: Thomson, 2005, p. 378.

** “Pero todos sabemos, aunque de vez en cuando se nos olvida, que las cosas que más instintivamente llevamos a cabo, las que nos parece que nos salen sin esfuerzo, han requerido un aprendizaje muy lento y difícil, y que la lentitud y la dificultad nos han templado mientras aprendíamos. Antonio Muñoz Molina, *Op. cit.*, p. 11.

²³ Sinjania. *La regla de las 10.000 horas en la escritura*, [en línea].

BIBLIOGRAFÍA

BELLATIN, Mario. *El arte de enseñar a escribir*. México: Fondo de Cultura Económica, 2007.

CARLINO, Paula. *Escribir, leer y aprender en la universidad: una introducción a la alfabetización académica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2005.

CASSANY, Daniel. *Describir el escribir*. Barcelona: Paidós. 1993

CASTRILLON, Silvia. *Por qué leer y escribir*. Bogotá: Instituto Distrital de cultura, 2006.

GARCÍA, Luis y MUÑOZ, Antonio. *¿Por qué no es útil la literatura?* Madrid: Ediciones Hiperión, 1993.

MUÑOZ MOLINA, Antonio. *La disciplina de la imaginación*. Bogotá: Asolectura, 2008.

POE, Edgar Allan. *Método poético y narrativo*. Castellón: El lago Editores, 2001.

RODRIZALES, Javier. *A escribir se aprende escribiendo*. San Juan de Pasto: Xexus Edita, 2008.

TEBEROSKY, Ana. *Aprendiendo a escribir*. Barcelona: De Horsisi. 1992.

SARTORI, Giovanni. *Homo videns: La sociedad teledirigida*. Madrid: Taurus, 1998.

SARTRE, Jean Paul. *¿Qué es la literatura?* Buenos Aires: Losada, 1947.

Webgrafía

CAMPS, Anna. *Escribir para aprender*. Recuperado de http://sedll.org/es/admin/uploads/congresos/12/act/7/Camps,_Ana.pdf

DOBERTI, Pablo (13/08/2013). *Escribir hoy [Pijama Surf]*. Recuperado de <http://pijamasurf.com/2013/08/el-inversor-escribir-hoy/>

MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL. *Serie de Lineamientos curriculares*, en: http://www.mineducacion.gov.co/1621/articles-89869_archivo_pdf8.pdf, p.

SILVA, Luiz-Olyntho Telles da. *Quien sabe lo hace, quien no lo sabe, lo enseña*, en: <http://www.tellesdasilva.com/quiensabe.html>

SINJANIA (2013). La paradoja de la creatividad en la escritura. Recuperado de <http://www.sinjania.es/31/07/2013/la-paradoja-de-la-creatividad-en-la-escritura/>

SINJANIA (2013). Leer mucho para escribir mejor. Recuperado de <http://www.sinjania.es/29/03/2013/leer-mucho-para-escribir-mejor/>

SINJANIA (2013). La regla de las 10.000 horas en la escritura. Recuperado de <http://www.sinjania.es/18/02/2013/la-regla-de-las-10-000-horas-en-la-escritura/>

Película

DOUMANIAN, Jean, BRICK, Richard (productores) & ALLEN, Woody (director). *Desmontando a Harry. Estados Unidos*. (1997).

SOBRIAGUEZ



Figura 1

EL ALCALDE BROMISTA

Había al sur del mundo un pueblo donde nada divertido pasaba; todas las circunstancias se habían dado para que fuera así: era un pueblo pobre, frío, encerrado en murallas naturales hacia todos los puntos cardinales. Las personas no hablaban de nada interesante, sólo de sus necios problemas, como sus innumerables achaques o sus inacabables carencias económicas.

Hasta que un día, mecánicamente, como siempre lo hacían, escogieron un alcalde, que ni siquiera conocían. Así, en la noche de toma de posesión, los pocos interesados asistieron al evento, y se iban impacientando porque llevaban ya casi media hora y el alcalde aún no llegaba; con la expectativa, murmuraban entre ellos — y no es que fuera cosa rara que el esperado no llegara puntual, sino que lo habitual era buscar la oportunidad de criticar —. De repente, sonó un estruendo como de tambores y apareció un hombre harapiento que saltaba de un lado para el otro.

— ¿Qué esperan, mulas? —, gritó el loco, y la multitud se sintió incómoda.

Se sentó al lado de Rosanita, la viejita encopetada, que casi se desmaya y que, a pesar de su artritis, saltó tres sillas lejos de él de un solo impulso. El loco saltó al lado contrario y abrazó a Mireya, la beata del pueblo, quien realmente se desmayó; luego saludó a don Álvaro, el gruñón abogado, apretándole fuertemente la mano y deseándole ¡Feliz año!, en pleno agosto.

La gente no salía de su asombro y era notable su disgusto; algunos murmuradores se burlaban de las víctimas del mendigo y a otros, completamente escandalizados, sólo les faltó rasgarse las vestiduras. Entonces, el mendigo subió al estrado, se acercó al micrófono y, cuando algunos policías se dirigían para bajarlo, dijo, con una voz conmovedora:

— Buenas noches, damas y caballeros, soy su nuevo alcalde y mi principal misión es sacarlos del aburrimiento.

Los policías lo reconocieron, la gente confundida y disgustada, abandonó el recinto, y el alcalde se puso a reír. Al día siguiente, la noticia llegó a todas partes en un infinito número de versiones, desde “Alcalde bromista” hasta “¡Estamos perdidos!”; comentarios desde “¿Quién eligió a ese payaso?”, pasando por “La autoridad ha perdido toda su imagen”, hasta “Es estrictamente necesario que abandone su cargo”. Pero todo eso no alteró al alcalde, que únicamente respondió:

— Sólo quería divertirlos — respuesta que exasperó aún más los ánimos.

Cuando iba a dar su primer discurso, por curiosidad asistió mucha gente y, para colmo, lo primero que hizo fue contar un chiste, y ¡vaya que si tenía carisma para hacerlo!; muchos hicieron fuerza para no soltar la risa, pero de repente todos comenzaron a reír. Entonces, la risa fue cortada por un comentario siempre mal intencionado:

— ¡Debemos volver al trabajo!

Y la gente comenzó en masa a abandonar la plaza y volver a su trabajo. En medio de la multitud que se alejaba, imitando a un político, el alcalde dijo:

— Decreto que de hoy en adelante haya carnaval.

Inmediatamente una banda empezó a tocar y el alcalde se puso a bailar solo. Algunos se quedaron; otros, desde sus trabajos, se asomaban de vez en cuando a la ventana y el alcalde seguía allí cantando, dejando a algunos que recitaran poesía, a otros que cantaran y a otros que dirigieran juegos para la gente que aún permanecía allí y otra que casi imperceptiblemente iba acercándose. Ya era el mediodía y muchos se habían atrevido a faltar a su trabajo y, a esa hora, muchos compraron comida y otros la trajeron y hubo para todos los que estaban en la plaza.

La gente llegaba más y más y la alegría parecía contagiarse; el atardecer venía y la noche se volvió hermosa; parecía como si el terrible frío, característico de este pueblo, se hubiera desvanecido, toda la gente se acopló para pasar ahí la noche en medio de una fiesta improvisada de baile, poesía, anécdotas, reflexiones y mecato. Sorprendió mucho ver a varias personas jugando voleibol y banquitas en la calle de la plaza. El alcalde habló con todos, participó en todos los juegos, y se paseó por la plaza repleta.

Ya casi al amanecer y al haberse acabado las provisiones de diversión, muchos se inventaron pasos nuevos de baile, otros improvisaron versos, muchos se ingeniaron nuevos juegos. Y el amanecer los sorprendió en su alegría y no se sentían cansados. Pero, entonces, la gente comenzó a retirarse con la promesa de volver más tarde con nuevas provisiones, para seguir el momento ameno, y todas esas promesas eran sinceras. Mientras tanto, un grupo muy pequeño de policías, con algunos distinguidos señores de negocios, se acercó al alcalde con un oficio en la mano, lo leyeron en el micrófono, decretando la suspensión y despido del alcalde de su cargo, firmado por el mismo presidente. Todos guardaron silencio, fijaron su mirada en el alcalde quien, al mismo tiempo, vio a un lado y al otro, tomó aire y soltó una estridente, pero hermosa, carcajada.

MILAGRO EN LA MONTAÑA

Sentado en un banco en la puerta de su casa, Omar contemplaba el atardecer, absorto en las tonalidades que tomaba la montaña con el descenso del sol; al son del cloqueo de las gallinas y el piar de los pollos que subían a acomodarse a un árbol para dormir, sintió como una gran nostalgia se apoderaba de él con los recuerdos que esa tarde hermosa le había traído, recuerdos de su infancia, de su familia, del pasado del campo, y sobre todo de su más grande amor, de su ya ausente madre, quien parecía amar los atardeceres más que nadie, se extasiaba con la brisa de la tarde y miraba, como descifrando un misterio, el paso del día a la noche, del verde vivo bajo sol pleno, al verde matizado por el naranja para, finalmente, ver convertida la montaña, en un oscura sombra llena de vida y misterios.

Estaba sumergido en ese sentimiento de amor y tristeza, cuando sintió que sus hijos llegaban del monte por la parte trasera de la casa. Llegaron a saludarlo y a contarle los pormenores del día de trabajo, mientras su esposa les servía el café, hasta que el mayor de ellos, que hasta ahora no había hablado, rompió su silencio con esta noticia:

— ¡Pa', al parecer un oso anda dando vueltas por la finca!

Los demás hermanos confirmaron lo dicho, le contaron cómo el oso se había comido las provisiones, derrumbado un trapiche y un laboratorio, había dejado su huella en los lodazales en la playa de la quebrada y dejado su marca de rasguños en el tallo de muchos árboles, pistas que les habían confirmado a los dos hermanos mayores que era un oso, pues ellos sabían identificarlas pues eran los únicos que antes habían visto uno.

Luego de eso, después de la cena continuaron hablando, el tema de conversación de esa noche fue el oso; contaron experiencias propias y de conocidos, donde el oso, más que un animal, parecía ser siempre una aparición, un espíritu, o un ser místico, hasta que al final de la noche, antes de irse a dormir, acordaron y planearon ir al día siguiente a cazarlo.

Todos, llenos de expectativa, se fueron a sus cuartos esa noche, algunos en sus habitaciones siguieron hablando de lo mismo; les parecía inverosímil la existencia de estos seres que siempre estuvieron allí en lo profundo de la montaña, que prácticamente siempre habían habitado con ellos, pero que sólo tres miembros de la casa vieron una sola vez, junto con la abuela, que ya no estaba para contar su impresión.

Al día siguiente, se levantaron temprano, alistaron las provisiones, junto con las escopetas y los machetes, y subieron antes de que aclarara la mañana a la plantación. Toda esa montaña pertenecía a Omar; al pie estaba su casa, en el medio había parcelas de plátanos y de caña, luego una densa arboleda que ocultaba unos cuantos cultivos de coca, que cada vez se iban extendiendo hacia lo más alto y profundo de la montaña, que constituían en secreto el verdadero negocio de la riqueza actual de la familia.

Cuando llegaron a la primera plantación de coca, después de pasar la quebrada que atravesaba la finca, se repartieron en dos grupos entre los seis hermanos y su padre, siguiendo los rastros que el oso había dejado a través de las parcelas. Pasaron varias horas buscándolo, hasta que se hizo medio día, entonces Omar, que iba con dos de sus hijos, se sentó en un tronco a descansar un rato y, mientras se limpiaba el sudor, se

quedó con la vista perdida hacia la espesura de unos árboles puestos de manera estratégica para ocultar lo allí sembrado; sus dos hijos siguieron caminando y se alejaron de él, yendo por comida a la improvisada choza que habían hecho por ahí cerca, que hacía las veces de estancia y de laboratorio.

En eso, Omar concentró la atención en un movimiento brusco que logró captar entre los árboles, tomó la escopeta y se acercó lentamente al lugar, con sigilo se adentró a la arboleda, cuando en frente de él notó a aquel ser de denso y negro pelaje, ahí estaba el oso, que se bajaba de un árbol y parecía ser el doble de grande que él; alistó la escopeta y apuntó, preparándose para disparar, pero al dar un paso atrás quebró una rama, que rompió el silencio con un fuerte crujido e hizo que el oso se pusiera alerta y lo volteara a ver.

Omar estaba decidido a disparar cuando, perplejo, se quedó mirando su rostro tan pasivo, tan tranquilo, tan ingenuo, el pelaje blanco que rodeaba sus ojos y que le daba expresividad casi humana, y al dirigir la atención hacia los ojos del gran animal, se cruzaron las miradas y Omar sintió quebrantarse su alma cuando en esos ojos encontró una mirada humana familiar, esa mirada de nostalgia, ingenuidad y amor que lo había criado, que le había ayudado siempre, que lo había colmado de enseñanzas y ternura, no pudo evitar que unas lágrimas le rodaran por el rostro; en esto, el oso se bajó por completo del árbol y se paró en dos patas en el suelo, enfrentando a aquel hombre que le apuntaba con una escopeta, abrió los brazos, soltó un grito ronco, que Omar no escuchó, sumergido como estaba en una borrasca de emociones, pero de la que al instante salió resuelto para desviar su escopeta y pegar un tiro al aire, que asustó al oso, lo espantó e hizo que huyera hacia la densa arboleda, mientras él corría en dirección contraria, de vuelta a la plantación. Sus hijos fueron a su encuentro; él, pensativo, se volvió a sentar en el tronco, mandó a traer al resto y les ordenó que interrumpieran la cacería.

Luego, volvieron juntos a su casa, por orden de Omar, quien no les dio explicación de lo sucedido sino hasta cuando, después de haber comido el almuerzo, cuando ya reunidos todos, con su esposa, hijos e hijas, les comentó su experiencia, ordenó que a partir del día siguiente se acabaran los cultivos de coca, que sembrarán en lo alto de la montaña árboles altos, puyas y bromelias, además de hacerles jurar a todos que nunca matarían un oso y que harían lo posible para empujarlos hacia lo más alto y profundo de la montaña, para no tener inconvenientes con ellos. Les comentó cómo planeaba volver a destinar la parte media y baja de la montaña a la ganadería, aquella labor que había sido la fuente de la honrada riqueza de su padre.



Figura 2.

LOS TIEMPOS CAMBIAN

— Antes, m' hijo, las cosas eran más bravas, entre liberales y conservadores se mataban. A uno lo perseguían por el sólo hecho de ser liberal, porque, eso sí, toda mi vida he sido ¡bien liberal y macho!

Había en especial un tombo godo que siempre nos fregó la vida. Yo y mi hermano manejábamos un camión y ese puta nos ponía toda clase de pereques; muchas veces nos lo encontrábamos cuando íbamos de Pasto a Tumaco, sobre todo en Ricaurte, de donde eran él y su bandada de pájaros. Muchas veces nos les volábamos y otras tuvimos que agarrarnos a puño con ellos, pues, eso sí, a mí nadie me levanta la mano, y cuando se veían perdidos sacaban el revólver y ahí teníamos que salir corriendo.

Y, ¡oh, cosas de la vida!, al tener que ver ahora a ese puta, jubilado y, para colmo, manejando un camión por la misma vía, es que aun cuando lo veo me dan unas ganas de darle un machetazo y matarlo de un solo dolor, y ¡fuera mierda!

— ¿Y por qué no lo haces, abuelo?

— Porque ese tonto marica es también abuelo tuyo.

LA LOCA DE LAS BOLSAS

Mi mamá comenzó a guardar todas las bolsas que le daban en la tienda cada vez que iba a comprar, con la intención de regalárselas a un vecino que hacía reciclaje y que se ganaba unos pesos vendiendo plástico, pero nunca se las dio. Las acumuló en una bolsa negra y grande de basura, hasta llenar una y otra bolsa más, pero después parecía ya no guardarlas, las bolsas estaban por todos lados, en los maletines, entre las cobijas, debajo de los muebles. Nosotros le preguntábamos por qué aún no se las había dado al vecino, como era su primera intención; ella decía: verdad, me he olvidado, lo haré hoy. Pero no lo hacía y cada vez había más y más bolsas. Yo me asombraba cada vez que encontraba una bolsa de un tipo diferente, ya que las había de todos los tamaños y colores; amarillas, blancas, rojas, lilas, azul torcaza, azul marino. Y también con todo tipo de decorados: círculos, rayas, rombos, nombres de comercios. Cuando de pronto alguno de nosotros por descuido dejaba abierta una puerta o una ventana y el viento entraba con fuerza, levantaba las bolsas por el aire como una colorida fiesta de globos vacíos.

Por esos días mamá andaba rara; nosotros tratábamos de no molestarla desde cuando ya no estaba trabajando, porque era muy susceptible a nuestros comentarios. Así que obviamos la invasión de las bolsas y nos acostumbramos a verla navegando en Internet y tomando notas, cerrando las páginas cuando nos acercábamos y tapando las notas. También cosía mucho, pero ocultaba lo que estaba cosiendo cuando alguno se atrevía a curiosear, además de que, por rutina o indiferencia, nosotros no le prestábamos mucha atención a estas extravagancias y misterios, por lo que nadie se dio a la tarea de descubrir a fondo qué era lo que hacía y tanto ocultaba.

Hasta cuando una tarde, cuando llegué yo a la casa, y mi primera impresión fue que en ella no había nadie; mientras estaba recostado en mi habitación, escuché de repente un ruido en el patio, un sonido como de motores o de turbinas; al no poder saber lo que era sólo con el sonido, corrí al patio a percatarme de lo que pasaba y entonces vi a mamá elevarse en un globo hecho, cosido a punta de retazos de bolsas plásticas. Asombrado, no supe qué decir, ni qué hacer, tan solo me quedé absorto contemplándola; ella con una sonrisa me hizo un gesto de adiós con la mano, al que yo respondí mecánicamente, hasta que la vi perderse en el horizonte, en el globo hecho por ella con las bolsas que había acumulado.

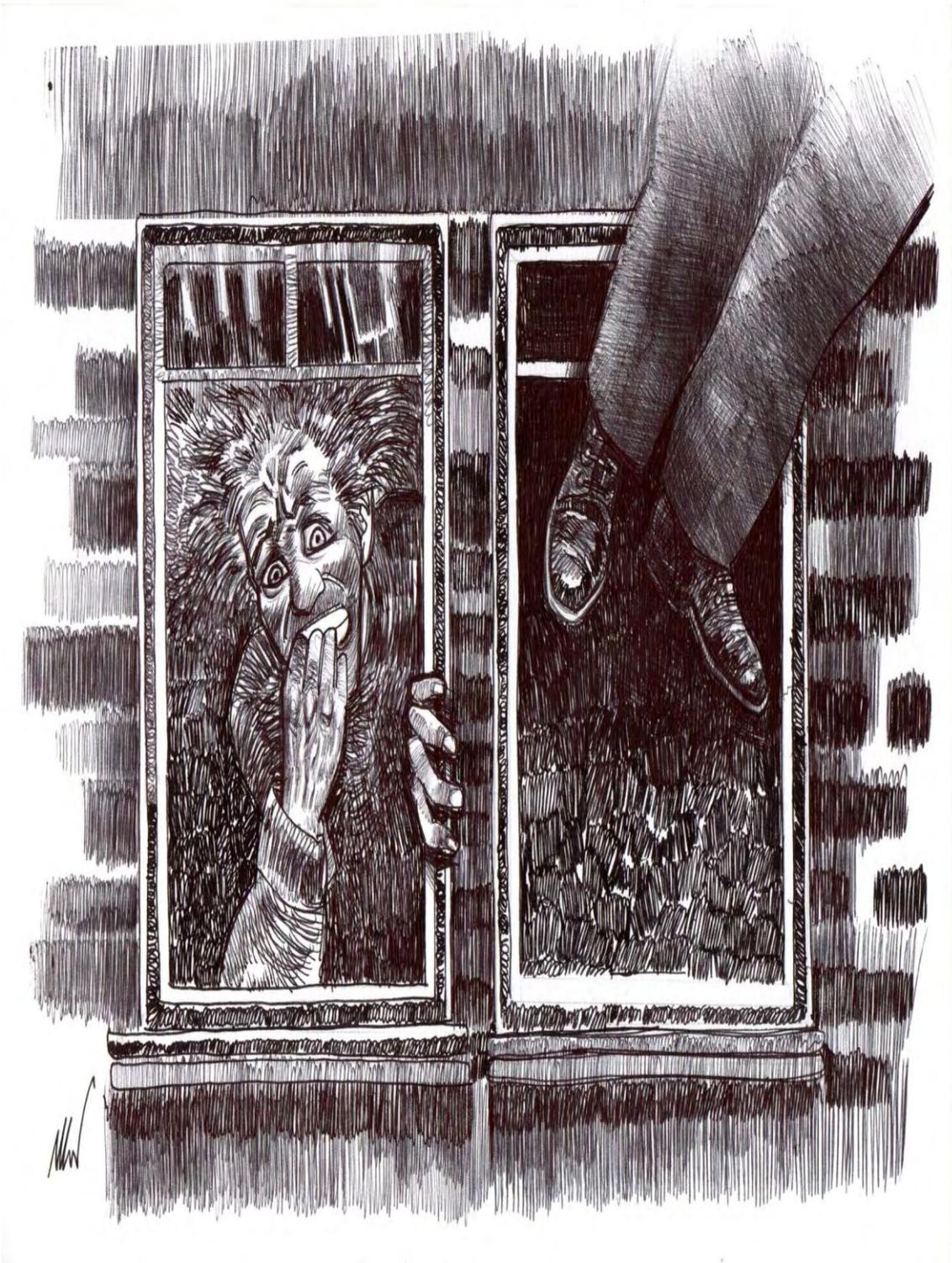


Figura 3.

ANSIAS

Termino de almorzar con gran dificultad, las ansias me quitan el hambre, me voy a acomodar a un sillón, tengo un poco de sueño, la costumbre exige siesta; es una tarde gris, siento el tedio somnoliento de los días festivos, no puedo respirar tranquilo, se me oprime el corazón contra el pecho, ella vendrá.

Hay tanto que hacer, tantas labores atrasadas, pero no puedo concentrarme, esperaré un rato y si ya no viene retomaré mi vida, ella no puede nublar mi vida; me tiemblan las manos, miro a todos lados, no veo nada, estoy en el sillón junto al teléfono, cada ruido es un dolor. ¿Por qué no llama?

Es horrible este sentimiento, quiero quitármelo de encima, es como una molestia general, una opresión entre el pecho y el estómago, de ahí nacen las ansias, también de la cabeza cuando intento no pensar, cuando quiero concentrarme en otras cosas.

Suena el teléfono, puede ser ella: ¡aló!, ¡aló!... ¡Maldita sea! ¿Quién será ese bromista? ¡Contesto y cuelgan, o se quedan callados! ¿Quién será ese bromista? La próxima vez que llame lo insulto, sí, prepararé mis mejores palabrotas, se van a asustar cuando me oigan. Sería mejor no contestar, pero puede que ella llame.

No va a llamar, no va a venir, quiero llorar, quiero gritar, quiero hacer algo, quiero, quiero. No, aún hay tiempo, puede que sí venga, tic tac tic tac tic tac; ese maldito ruido allá afuera, motores de motos y de carros. Respira profundo, respira profundo.

Me levanto del sillón, camino por la habitación de un extremo al otro, en círculos, rápido, después lento, pasa el tiempo, pasa el tiempo, y ¡no pasa nada! Miro la habitación en la que estoy, la combinación de tonos pasteles en las paredes. Miro hacia la ventana grande, que es el portal al abismo de la calle, la entrada de la luz; miro los adornos, las cerámicas, las flores, las velas. Quiero salir de aquí, quiero hacer algo para atraerla, sólo quiero estar aquí si ella está aquí; esta no es mi casa, me asusta, me duele estar en este espacio, en este tiempo, lejos de ella, sin saber dónde está, qué está haciendo y si está planeando venir o llamarme. Y ¿si está con otro? ¡No, no! Cállate, cállate, ya vendrá.

El ruido de la calle, la soledad de esta casa, el teléfono suena, contesto, no es nadie, el tic tac, el tiempo corriendo, la esperanza que se pierde, la angustia que me mata y esta sensación, esta molestia; me duele, no puedo respirar, me da vueltas la cabeza, las paredes cambian de color: tienen muchos colores y, de repente, sólo uno, un gris que brilla y se oscurece, los movimientos se hacen más lentos, hay una infinidad desde el suelo, donde estoy, hasta la ventana; las paredes siguen mezclando y removiendo sus tonos, me acerco a la ventana, ya no hay vidrios, es sólo un hueco en la pared, miro hacia afuera, las cosas se mueven lentamente, el suelo se acerca y se aleja, los cables se agitan, no dejan de columpiarse y yo me río, me río, esto es muy raro, pero tengo la sensación de que puedo, mis ansias no merman, ¡no voy a esperar más! Me acerco al hueco en la pared por donde entra la luz, voy a volar, voy a buscarla, no esperaré más, ¡voy a volar!

DECISIÓN IRREVOCABLE

De repente se detuvo, miraba hacia los lados como perdido, iba a tomar una gran decisión. La tarde era tranquila, un poco nublada, era un día de semana, un rutinario martes. No pasaba nada extraordinario en su vida, no tenía ninguna pena grande, ni ningún problema aplastante; las cosas estaban bien, simplemente bien, pero era eso lo que le molestaba. Detuvo su mirada y respiro hondo, entonces contempló aquel monumento natural que había estado allí durante toda su vida, se lograba ver desde cualquier parte de la ciudad, era producto del azar, pero, para esa ciudad, era todo, era un signo.

Lo había pensado varias veces pero sólo como la manifestación de un deseo reprimido, como esos sueños que se tienen despierto cuando se quiere escapar de la realidad, pero ese día y sin motivo aparente no soportó más, sintió que tenía la fuerza suficiente para hacerlo; ahí estaba de pie, pensativo en medio de la gente que, sometida a su rutina, lo miraba de reojo, a quienes les sorprendía su incomprensible actitud; entonces, suspiró y su rostro se puso serio, se asomó a su tez la expresión de resolución que lo había invadido, pues lo había decidido.

Empezó a dirigirse al monstruo que lo digeriría por decisión propia, caminaba un poco aturdido y comenzó a recordar lo que dejaba atrás, a su madre, a su amor, a sus amigos, ¿quedarían tristes? Se sentirían desesperados, pero ellos sufrirían más porque no se atreverían a tomar la decisión. Sus ojos veían el monumento fijamente; en ese momento, le comenzó a sentir respeto, lo entristeció que estuviera tan lejos, nunca le había parecido tan lejano como ahora.

*
* *

Comenzaba a anochecer, había caminado unas cuantas horas pero todavía no sentía que estuviera muy cansado; la ciudad había quedado atrás, ahora un bosque misterioso lo rodeaba, oscurecía muy rápido y no había esperanzas de luz; el cielo seguía nublado, iba a ser difícil seguir el camino en tal oscuridad; comenzó a sentir miedo, el panorama era desolador, estaba sometido a muchos peligros y sintió que no quería morir, aún no, no debía; si lo atacaba alguna fiera, lo arruinaría todo y sería en vano, no quería imaginar que tuviera que agonizar pero, a pesar de estos temores, no se detuvo ni retrocedió, siguió caminando, respiró fuerte y tomó fuerzas, se enfrentó a ese monstruo nocturno y no se dejó intimidar por las sombras o los ruidos ambiguos.

*
* *

Un viento fuerte lo refrescaba, menguaba la sensación de cansancio, tenía ganas de detenerse, pero no debía hacerlo, no podía alargar más la espera; entonces, no aguantó más y lo hizo, se sentó sobre la hierba fría; rápidamente el viento refrescante se

convirtió en un viento congelante, aunque aún estaba lo suficiente abrigado como para no temblar, sentía los latidos en sus piernas cansadas, miraba un resplandor lejano que parecía ser el espectro de la ciudad que había dejado atrás; en ese momento, tuvo la tentación de volver, de arrepentirse, tal vez ya había purgado sus penas, se sentía mejor, tal vez podía comenzar de nuevo, tal vez regresaría renovado, con un nuevo vigor para cumplir sus propósitos cabal y ascéticamente, pero no, recordó su razonamiento, la certeza de saber que las cosas no cambiarían, que la vida era así, que no había más remedio, que hiciera lo que hiciese nunca se iba a sentir satisfecho, que nunca iba a dejar esa inquietud su corazón, esa tensión, esa espera por una solución al instante, el dolor del alargamiento del tiempo para la llegada del bien, el ansia desesperante de lo bueno, la desilusión de encontrarlo y de tener que reconocer que no era tan bueno. Lo recordó y sintió rabia, rabia de la existencia, del castigo que le había sido impuesto, y la rabia lo movía muy pronto; él, por su propia mano, se iba a liberar. Se levantó con la decisión renovada y continuó, rumbo hacia arriba, caminando con energía.

Caminó y caminó durante horas, en la oscuridad parecía no avanzar mucho, tenía la impresión de que el tiempo no corría, pero siguió con rabia, el cansancio y el sueño iban invadiendo todo su cuerpo, no dejaba de sentir frío, sentía dolor y lo maldecía, lo maldecía por ser parte de la vida, por ser lo que más se siente en ella: el dolor, el no placer, la incomodidad, le hablaba al aire como si se dirigiese a la vida, la amenazaba y la insultaba:

— Ya verás, yo no te voy a soportar; ya verás, no podrás molestarme más, volveré al lugar de donde salí, de donde no debí haber salido nunca, donde no tenía que ser nada, donde era nada, ¡volveré a la nada!

Luego, todo se quedó en silencio, él caminaba vacío, adolorido, sin pensamiento fijo, duró así por largo tiempo, hasta que sintió en su corazón una punzada que lo afligió, de golpe comenzó a llorar, como estaba solo en medio del bosque, lloró a gritos, a toda voz; caminó, entonces, otras cuantas horas; cuando ya se había calmado, cuando el silencio lo inundaba todo, y la noche no pasaba y su destino se veía lejano, caminó otro poco en silencio, como descansado por el desahogo, en un descanso de la ardua pendiente, cayó como desmayado en el suelo y se quedó dormido.

*
* *

Lo despertó una llovizna de la mañana; el día ya no estaba tan gris como el anterior, un viento fuerte movía las nubes y las transfiguraba con rapidez; dio la vuelta, quedó boca arriba contemplando el cielo y sintiendo cómo las gotas lo torturaban, estaba temblando de frío. No tenía la intención de quedarse allí y congelarse, entonces se puso de pie con cierta dificultad, el frío era doloroso y tenía mucha sed, quería rendirse pero no podía hacerlo, era consciente que de una u otra forma pronto llegaría el fin. Continuó su marcha con esfuerzo, caminó otras tantas horas, contemplando las visiones de una mañana soleada se sentía más cerca de su meta, volteó a ver hacia atrás y vio a su ciudad, tan lejana y diminuta, allá quedaba su vida, allá quedaban las cosas como eran, como no se habían adaptado a él, retomó su rumbo, el cansancio era grande y ahora una fuerte sensación de hambre nublabla su pensamiento; ¡vaya! el hambre lograba

confundirlo, desear satisfacer su deseo, volver, buscar, sobrevivir; aun así, no dejaba de caminar, aunque ahora le parecía menos claro su cometido, hasta que no aguantó más y se lanzó hacia un riachuelo y bebió agua hasta sentirse asqueado, pero inmediatamente sintió en su cuerpo una energía renovada, sus fuerzas se reparaban, podía seguir, sus piernas ya no daban más, el frío era cada vez más cruel, sentía que se iba a desmayar.

*
* *

Se sentó en una piedra, ya había muy poca vegetación, era muy difícil respirar y el frío era inaguantable; cuando estaba allí sentado, se dio cuenta que ya caía el día y asomaba el atardecer, el cielo estaba despejado, el paisaje era hermoso y absorbente, nunca en su vida había visto panorama más hermoso.

Se sintió confundido, estaba alegre por lo que veía, pero también estaba triste, más bien nostálgico; pensó en un momento cómo los demás iban a juzgar su acto, como cobardía o locura, pero le asustó mucho darse cuenta de que tal vez nadie iba a saberlo, que iba a figurar como un desaparecido, pero ya no importaba, como son de banales las opiniones ajenas, y sus sentimientos no debían ser tenidos en cuenta, menos en esos momentos.

Notó que ya anochecía, entonces más seguro se levantó y continuó marcha arriba, caminó otro poco en medio de peñascos, piedras y polvo, que era lo único que había en la cima; le costó en la oscuridad encontrar el cráter, hasta que lo vio, delatado por una humareda fina y blanca; cuando llegó a la cumbre, vio la noche hermosa que lo acompañaba, a pesar de que el viento frío, congelante, amenazaba con matarlo, el aire terriblemente pesado no le permitía respirar, se detuvo un instante a observar a la luna llena, más cercana y brillante desde ese ángulo, suspiró y descendió, casi resbaló al interior del cráter, el olor azufre era insoportable y el destello lumínico de algunas llamas alumbraban su interior, el humo no dejaba ver el interior, pero el frío aquí ya era más llevadero; se acercó más y empezó a sentir calor, el vapor lo hacía sudar, miró a través de la cortina de humo, podía verse muy poco, el rojizo y anaranjado de la lava ardiente, estaba extasiado; recordó, entonces, el momento en que tomó la decisión, se miró deteniéndose en medio de la calle y comenzando a caminar hasta allí, sintió miedo, terror, se agitó mucho, estaba absorto, ¿sería capaz? Entonces, lo supo, respiró hondo por última vez, tomó fuerzas, olvidó el dolor y corrió con todo hacia el cráter, hacia el humo, hacia la lava, saltó con todas sus fuerzas y ya sentía que se quemaba, un grito fue su última acción, las llamas abrazaron todo su cuerpo y lo consumieron rápidamente, mientras en toda la ciudad vieron y comentaron que había ocurrido una pequeña erupción.



Figura 4.

DESEOS

Al despertar no quise abrir los ojos antes de desear con toda mi fuerza que fuera un día soleado y caluroso.

— ¡Que sea un día soleado!, ¡que sea un día soleado! — murmuraba mientras apretaba los ojos y los puños como si dependiera de mí y de mi deseo el clima; saqué la cabeza de las cobijas, abrí los ojos y dirigí la mirada hacia la ventana, y un vendaval se ensañaba contra mi ventana y me daba un «buenos días» una mañana helada y gris.

Cuando fui a tomar el bus para ir a la universidad, deseaba encontrarme con más personas para tomar un colectivo; era necesario llegar rápido pues ya se me había hecho tarde, pero no vi a nadie en el paradero, «al menos, que no se me vaya a pasar el bus», pensé; y a pocos pasos del paradero el bus pasó veloz y no se detuvo, de nada sirvieron mis gritos y que corriera un poco atrás de él; maldije casi gritando, pues había que esperar quince minutos más; temblaba de frío.

Ya en la universidad, en el segundo bloque de clases, pues ya al primero no había podido entrar, cerré los ojos y deseé con toda mi fuerza que la profesora no viniera, o al menos que no hiciera hoy el examen, y me imaginaba a la secretaria que llegaba a anunciarnos que hoy la profesora iba a faltar debido a que había amanecido enferma, o veía llegar a la profesora y proponer una actividad diferente a la del examen, por cualquier razón: «Que no haya examen, que no haya examen», pero mientras mantenía los ojos cerrados, sentí el golpe de los tacones que entraban al salón y temiendo ver a mi verdugo o ver a una bruja, sudé frío.

— Joven Ortiz, ¿rezando para que le vaya bien en el examen? — dijo la tenebrosa voz de la profesora. Abrí los ojos y, apenado, esboqué una tímida sonrisa.

El examen estuvo horrible, peor de lo que me lo imaginaba y, sinceramente, no tengo esperanzas de que me hubiera ido bien. Al mediodía, cuando caminaba de regreso a mi casa, a una cuadra de llegar, comencé a fantasear con la comida:

— ¡Qué rico sería un *chop suey*, o unas enchiladas llenas de guacamole y queso! —. Se me hacía agua la boca, pero no debía hacerme tantas ilusiones, no iba hacia un restaurante de comida exótica sino a mi casa, entonces el menú era previsible, pero al menos que no haya sopa, sino un buen seco, con una carne frita, unos patacones y una rica ensalada de aguacate, que haya carne, que haya carne, que haya carne.

— ¡Hola, mamá!

— ¡Hola, m' hijo, ¿cómo te fue en la universidad?

— Bien.

— Mira, ¡qué rico!, hoy hice sopita de cebada, hace tiempo que no hago de esta sopa, y además debemos comer saludable, no siempre seco.

— ¡Nooo! — dije murmurando.

— ¿Qué?

— Nada, nada.

Fui a reposar a mi cama después de dos platos de sopa, me recosté en la cama para ver un poco de televisión; hoy es viernes y quisiera hacer algo diferente y divertido, pero no tengo ni un peso; Camilo me dijo que hoy me iba a pagar, que iba a venir en la tarde;

tengo que esperarlo, así podré salir en la noche. Espere y espere, y nunca llegó; disgustado, ya al atardecer fui a buscarlo a su casa, pero no estaba:

— ¿Y ahora qué voy a hacer?, por nada quiero quedarme aburrido en mi casa; y menos hoy, cuando tengo un deseo tan fuerte de algo diferente — me dije.

Volví a mi casa y me senté en el mueble a escuchar música en la oscuridad; de verdad, estaba aburrido; cerré los ojos. Y sonó el celular:

— ¡Aló!

— ¡Aló!

— ¡Hola, Diana!

— ¡Hola!

— ¿Qué milagro que me llamas?

— Sí, es que hoy voy a estar sola en mi casa, mis papás se van a una fiesta y quisiera preguntarte si quieres venir a escuchar música o a ver una película.

— Claro, llego en quince minutos.

Llegué y estaba hermosa; estuvimos un buen rato en la cocina mientras nos preparábamos un sándwich; fue muy divertido, conversamos tan ameno; luego, fuimos a su alcoba y allí había una lámpara de una luz muy tenue y naranja, se veía precioso todo con esa luz y puso salsa romántica de fondo, y empezamos a besarnos: «beso a beso, ay dame de eso, dame muchos besos más, que te quiero amar», y a acariciarnos: «nuestra es la noche, nuestra es la noche, nuestro el momento, no vamos a paraaaar»; en un momento estábamos desnudos y nuestros helados cuerpos se fueron calentando: «tócame, quiero sentir tu cuerpo, tus manos sobre mi piel, tócame, hazlo yaaa»; el placer invadía mis sentidos, estaba en el momento más delicioso: «ella se hizo deseo, en una noche de invierno, cuando sintió que su cuerpo era mucho más que eso, juntos a un lado del fuego, nos olvidamos del tiempo, y cabalgué en sus entrañas, como nadie lo había hecho, si esto no es amor, ¿pero qué es esto?, y nos negamos a dejar estas sábanas, repletas de locura y de sexo, y siento que su piel mojada me lleva directamente hasta el infierno; si esto no es amor, ¿pero qué es esto?; ay, si esto no es amor, ¿pero qué es esto?»

Cerrados los ojos, me repetía:

— ¡Que sea verdad, que sea verdad, que sea verdad, que sea verdad!

Tuve que abrir los ojos; tal ilusión no era verdad, estaba en la penumbra de mi cuarto y tuve que levantarme para ponerme una chaqueta porque estaba temblando del frío, pero no me volví a sentar; entonces, salí de mi casa y caminé como si fuera tarde a una cita, hasta llegar al centro, mientras tanto iba recordando mi fantasía y miraba fijamente al suelo, rogando:

— ¡Que me encuentre un billete, que me encuentre un billete, que me encuentre un billete!

En el centro, me senté en la silla, frente a la catedral y, casi llorando, me repetía internamente:

— Que sea verdad, que sea verdad — hasta cuando me levanté y emprendí de nuevo el camino a mi casa, con la mirada fija en el suelo y sin parar de repetir, susurrando la letanía:

— ¡Que me encuentre un billete, que me encuentre un billete!

Llegué a mi casa, de muy mal humor, me acosté rápidamente con todo y ropa; sólo me quité los zapatos y no me cepillé; se me escaparon algunas lágrimas, pero cerré los ojos y los apreté duro, junto con mis puños, y repetí:
— ¡Que no despierte más, que no despierte más, que no despierte más, que no despierte más! — hasta cuando me quedé dormido.

VICIO

Sale del trabajo, camina hacia su casa por una calle desierta, mira una colilla en el andén, como a algo vergonzoso la mira de reojo. Acelera el paso pero adelante hay más y más colillas, no lo resiste y levanta una, la huele y su corazón se agita. Su determinación se ve flaquear en el temblor de sus manos, su alcalino olor le parece delicioso, le evoca un placer sólo una vez sentido. Revisa su bolsillos y sí, lleva sencillo, pasa al lado de una tienda y se detiene. Respira profundo, renueva mentalmente su determinación y sigue.

Más adelante ve a un hombre que camina lento, piensa en sobrepasarlo pero se fija sin querer en un bulto que lleva en el bolsillo trasero, su forma rectangular le hace intuir lo que es y en un movimiento abrupto del hombre al subir un andén lo comprueba, es una cajetilla de cigarrillos. Mengua su marcha, con la vista fija en el bulto, rebusca en sus bolsillos y encuentra dos fósforos, revisa que estén en buen estado y los vuelve a guardar. El hombre adelante presiente algo y acelera el paso, él también lo acelera. Luego, se decide y corre tras el hombre, lo alcanza y bruscamente le arrebató la cajetilla. Sale corriendo, el hombre lo persigue, le grita y lo maldice, pero se percata de la insignificancia de lo que le robó y lo deja escapar.

Él corre otro poco hasta que se da cuenta que ya no lo persiguen, deja de correr, saca la cajetilla y la contempla con cierto placer. Toma un cigarrillo, bota la cajetilla con el resto en un charco, camina otras cuerdas y se monta en un muro no muy alto, enciende el cigarrillo con uno de los fósforos de la chaqueta y, con la vista perdida, en el horizonte deja que se consuma, sin fumárselo.



Figura 5.

GALERAS

Una tarde escuchamos un estruendo horroroso, seguido de un temblor que parecía inacabable, que se arrancaba de las entrañas de la tierra; corrimos a la calle, asustados; primero, por instinto, buscando salvarnos. Luego, ya un poco habituados al estruendo interminable, levantamos nuestra mirada hacia el horizonte. Entonces, lo divisamos: magnánimo y potente, expulsaba grandes columnas de vapor, nos estremeció un sacudón muy fuerte, y lo vimos moverse de su sitio. Atónitos todos, que nos creíamos preparados para eso, observamos impotentes como comenzó a desplazarse.

No lo podíamos creer: lloramos y no se nos ocurrió más que hacer un gesto de adiós con la mano, se alejó en el horizonte y fue haciéndose más pequeño a nuestra vista conforme se alejaba, con su columna de vapor, y quedamos vacíos, como vacío quedó el paisaje y nos sentimos extraños con ese nuevo mundo, nos asustamos al ver el sol tan grande y naranja, como nunca antes lo habíamos visto; nos abrazamos y nos sentamos atónitos a ver el nuevo atardecer, tratando de asimilar que este no era más que un puerto, al ver el valle extendido.

QUÉDATE CONMIGO

Sé que mi testimonio no resulta muy creíble, pues toda la verdad la sé por medio de un sueño, o más bien de una voz que me habló en sueños antes de apagarse por completo, y que en sus últimos momentos de vida al darse cuenta de lo que sucedió, estableció una especie de conexión mental conmigo, que estaba durmiendo y me descubrió la terrible verdad de la que se había dado cuenta justo antes de morir. Nunca recuerdo mis sueños, pero este lo mantengo vivo en mi memoria en cada detalle como si lo hubiese vivido, y no fue precisamente un sueño, sino un monólogo interno que experimente como si hubiese sido mío. Recuerdo que aquella vez me desperté con una sensación extraña, con los sentimientos revueltos, entre la vuelta a la realidad de mi habitación después de aquella siesta en la tarde y aquella supuesta ficción, tan nítida, que mientras dormía había experimentado. Fue horrible aquella sensación de irme disolviendo en la nada, mientras mi existencia se iba y más horrible fue entender lo que en verdad había pasado. Cuestiones que no me resultaban muy claras, hasta que una tarde caminando por mi barrio vi en un poste el anuncio de la desaparición de un joven, que yo conocía sólo por el sueño, y que de manera inexplicable, pues no encontré ninguna relación mía con él, me había sido revelado su último paradero. Fui a la policía a anunciarles que sabía el verdadero destino que había corrido aquel joven, pero mi historia no les resultó para nada convincente. Sin saber a quien más acudir, llame a la madre del supuesto desaparecido y pedí encontrarme con ella, con la excusa de tener alguna información de donde podría estar su hijo, fue difícil convencerla, pues alego que estaba ya cansada de tantos indicios falsos, hasta que al final acepto, y quedamos a reunirnos en su casa.

Al verla tuve temor, el mismo que me había sido compartido en el momento del sueño. Pero no me deje turbar, seguí a la sala donde me recibió y mientras le contaba una historia falsa sobre una tarde en la que había visto a su hijo antes de la desaparición, examine la casa con la vista, y me sentí más convencido de la exactitud de la visión del sueño, cuando me percate de las maletas hechas que aun permanecían en la antesala. Mire el comedor, y me fue fácil recrear la historia, me conmoví hasta el punto de las lágrimas, que interrumpieron el teatro que estaba haciendo la madre al mostrar interés en mi historia, y sin poder contenerme más le dije:

-¡Qué egoísta es usted! prefirió matar a su hijo a que se fuera de la casa. Igual se quedó sola. No era necesario y lo peor de todo fue que él se dio cuenta de que fue usted quien lo enveneno-

Ella arrancó a llorar y al mismo tiempo me sacó de su casa molesta, gritando a pesar de todo, que yo estaba loco, qué como me atrevía a acusarla de semejante atrocidad. Y esa misma noche se quitó la vida, con el mismo veneno con el que se la arrebató a su propio hijo. Ahora, yo tengo la hipótesis de que su hijo está enterrado en esa misma casa, pues tal era su obsesión porque se quede cerca, descubrimiento que sería lo que me de la razón frente a todos, pero no ha habido forma de buscar en ella, ya que nadie cree en mi

historia, y les parece aún más increíble que la asesina de aquel joven, haya sido su propia madre. Y peor aún por tal motivo.



Figura 6.

EL SIRENO

El día más impactante de mi vida fue cuando recibí del C.I.C. (Convenio Internacional de Científicos) la noticia de que se había hallado en una isla de Grecia un fósil que, por sus características, se podía decir, era una sirena, miembros superiores humanos y miembros inferiores de pez. Con sólo esa información, tomé un vuelo esa misma tarde hacia Heraklion, ciudad de la isla de Creta, donde me esperaban colegas que me llevarían al lugar del hallazgo. Me emocionó tanto este posible hallazgo, que volví a sentir que mi vida tomaba nuevamente sentido; después de varias décadas infructuosas intentado demostrar la existencia de los dragones mitológicos sin ningún resultado, ahora volvía a existir una posibilidad, la de corroborar que tal vez la mitología griega no estaba basada sólo en imaginaciones, sino que tenía un sustento real; era muy esperanzador poder demostrar que lo fantástico sí era parte de nuestra realidad e historia, y no una fuga de ellas.

En el avión no hallaba la hora de llegar; me sudaba, con un sudor frío, todo el cuerpo, de la ansiedad, hasta que por fin, casi como en un *shock*, logré conciliar el sueño e inmediatamente comencé a soñar: me vi en un barco por el mar de Creta y que cuando más nos internábamos en el nebuloso y espeso mar un canto maravilloso comenzaba a atraerlo como un imán hacia él, lo sabía porque cada vez se hacía más nítido e intenso, hasta que en medio de la neblina surgía una roca, parecida a un iceberg, donde mirábamos la silueta de varias mujeres, y cuando nos acercábamos más, no por voluntad propia, nos percatábamos maravillados y también hipnotizados de que eran sirenas, hermosas seudomujeres con cola de pez, que cantaban una canción seductora llena de éxtasis y erotismo, hasta que salí abruptamente del dulce trance cuando el avión pegó un fuerte sacudón al aterrizar.

Ya en la ciudad de Heraklion, reunido con mis colegas, nos dirigimos al puerto para tomar un barco a la minúscula isla de Kásos, una de las islas del Egeo, lugar del hallazgo. Mientras mis colegas iban comentándome los pormenores de la investigación que ya habían adelantado, yo sentía un poco de asombro al tener cierta sensación de *déjà vu*, al percatarme de que estaba viviendo una experiencia idéntica a la de mi sueño, ya sólo esperaba comenzar a escuchar ese canto angelical, pero sólo escuché una disonancia que me sacó nuevamente de mi éxtasis, cuando la voz ronca de mi colega me comentó el detalle de que al estudiar el ADN de la parte humana del fósil, correspondía al perfil de un hombre; bueno, había que cambiar la teoría y pensar ahora ya no en sirenas, sino en sirenos; entonces, me imaginé al potente Tritón blandiendo su tridente en el mar, pero los datos de las dimensiones del fósil hicieron irrisoria la posibilidad de un tritón tan pequeño.

Ya en la isla de Kasos, nos instalamos y duramos varios meses haciendo todas las pruebas científicas posibles; poco a poco se iba armando un rompecabezas y reconstruyendo una historia; lamentablemente sólo había un ejemplar, pero, aun así, los primeros meses me imaginé la isla perdida de la Atlántida, ciudad semisubmarina habitada por sirenas y sirenos, siempre con la fe en que este hallazgo iba a ser un gran aporte a la ciencia y un nuevo componente de la realidad.

Los meses siguientes fueron un poco más confusos y desesperanzadores, pero por el mismo afán de llegar ya a una respuesta trabajamos con más ahínco, hasta que al fin podíamos dar una respuesta a este fenómeno. Fue precisamente aquel día borrascoso en que volvimos de nuevo a la ciudad de Heraklion para luego ir a Atenas a dar nuestro resultado, yo avergonzado me fui de la conferencia para ir a preparar el viaje de mi regreso y no me despedí de ninguno de los compañeros de trabajo; al día siguiente, en la mañana tomé un vuelo y vi en la sala de espera un periódico que resumía nuestro hallazgo; el artículo se titulaba con ironía: “La naturaleza se ríe de los científicos”, y decía: “Comunidad de científicos desmiente el supuesto hallazgo de un fósil de una sirena, o de un sireno, y afirman que las pruebas y reconstrucción de los hechos permiten corroborar que tal fenómeno se debió a una gran casualidad; se ha datado en la penúltima erupción del volcán de la isla Kasos, cuando paradójicamente una piedra volcánica cayó en el exacto momento en que un tiburón devoraba a un hombre por la mitad, y esta piedra puesta encima permitió la conservación de este suceso y de esta posición confusa a manera de fósil. Esta ha sido sin duda una gran burla de la naturaleza.”

RUTINA

— Y, ¿si nos escapamos?

— ¿A dónde?, ¿estás loco?, no tenemos plata y mañana hay que madrugar.

Supe que tenía que irme esa misma noche de su lado, tenía la certeza de que estaba aprendiendo a agachar la cabeza y a aceptar la rutina, cosa que nunca había querido para mí. Pero era cierto lo que decía, la rutina de mañana; exigía que el tiempo de esa noche no se derrochara despierto, sino que era necesario descansar para cumplir mañana todos los horarios, pero ¿qué pierdo si no cumplo los horarios? ¿Pierdo ese futuro que no tengo? ¿pierdo la seguridad de un mañana mejor?; lo otro era la plata, para lo que se suponía que se seguía pacientemente la rutina, esperando que esa hortaliza de la responsabilidad y la previsión diera frutos.

— ¿Vamos o no?

— ¡No, Felipe! — me dijo, subestimándome.

Me recosté en su cama, nuevamente, y ella se acomodó al lado, pero de golpe me levanté de la cama, y ella me miró, diciéndome con su expresión: ¿Qué estupidez vas a cometer ahora? Respiré hondo, para tomar fuerzas y salí de su casa; ella estaba consternada; escuché levemente, mientras me alejaba:

— ¡No hagas tonterías!— pero, aparte de eso, no hizo nada para detenerme.

Un frío refrescante me recibió en la clara noche citadina, llena de sus luces naranjas, los ladridos de lejanos perros y el silbido de un impotente vigía de la noche, pero, a medida que iba caminando, el camino se oscurecía, sobre todo cerca del río; comencé a sentir miedo, pero no me iba a detener; miré el cielo que, en este sendero más oscuro, se veía hermoso, reconocí la constelación de Orión sobre mí, y vi acercarse a él el amenazante escorpión que no le permitiría cumplir el deseo de llegar a su amada; aunque levantara fuerte la espada, el aguijón del gigante monstruo era más potente y le dio la muerte.

Entonces, lo vi, sentí el primer movimiento detrás del árbol, aceleré el paso y me pregunté si era mejor seguir o devolverme, pero ¿qué, volvería como un perdedor, tendría que retractarme y darle la razón a la segura rutina, tendría que aguantar la malacara?

Seguí y los nervios comenzaron a descontrolarme; caminé más rápido y sentí sus pasos atrás de mí. Ahora, frente a mí tenía dos opciones: el callejón oscuro, a la derecha, y la avenida, a la izquierda; lo lógico era que fuera hacia la izquierda pero, a pura fuerza de

capricho, caminé hacia la derecha, y aunque lo sentía siguiéndome, aún no echaba a correr, sabía que podía hacerlo, que correría a la caseta del vigilante y que tal vez no se atrevería a acercarse, que podría coger un taxi y pagarlo en la casa, pero, en vez de todo eso, comencé a disminuir la velocidad de mis pasos y a dejar que se acercara más.

Justo en lo más oscuro del callejón, sentí el brazo rígido sobre mi cuello y el frío y desafilado metal raspó mi piel, y ese hedor de indigente, mezcla de descomposición, cal y humedad, me abofeteó; por unos segundos, mi corazón se detuvo.

— ¡Quieto, hijueputa! — dijo casi murmurando.

Instintivamente le tomé el brazo y me quedé quieto; comencé a temblar y, sin medir mis fuerzas, le apretaba el brazo mientras repetía con la voz entrecortada:

— No tengo nada, parece, no tengo nada.

Sentí como hurgaba en mi bolsillo izquierdo, y también sentí cómo el cuchillo desgarraba levemente mi cuello cuando me apretó más fuerte al no encontrar nada; tenía que soltarme para buscar en el otro bolsillo, pero no lo hizo.

— Pasame el celular, pasame el celular — murmuró.

Apreté con más fuerza su brazo, comencé a enterrarle las uñas y sentí que el cuchillo empezaba a hacer más presión sobre mi cuello.

— Soltame, soltame.

Esa petición me dio ánimos y me vi con una mueca sádica; con todo mi cuerpo, intenté echarlo por encima mío, pero caí en el suelo con él; aun así, con él casi encima, no le soltaba el brazo y comencé a darle patadas en las canillas; entonces, su mano me apretó fuertemente la cara; ahora, tenía un dedo suyo en el ojo y otros dos en la boca, pero le mordí los dedos y sentí la desgarradura de su mano, entonces me soltó y ahora yo intentaba arrebatarle el cuchillo, hasta que lo logré; cuando lo tuve, le solté el brazo, lo volteé y apuñalé al bulto que antes tenía en mi espalda y que me estaba ahorcando; podría haberlo dejado ir herido, pero me le abalancé encima y seguí apuñalándolo en la espalda muy rápido y con todas mis fuerzas; ahora tenía el cuchillo a dos manos. Cuando me cansé, el cuerpo ya casi no se movía.

Al percatarme de lo que había hecho, supe que no me bastaba con correr, sino que, reprimiendo las lágrimas, decidí arrastrar el cadáver con gran esfuerzo hasta la orilla del río, lo boté; luego, en la orilla me lavé en esa agua sucia las manos y la cara; el agua helada me recordó mis dolores y me hizo consciente de otros; me saqué el saco, el pantalón y los zapatos, los tiré al río y salí corriendo de vuelta a su casa. Cuando llegué, golpeé su ventana y ella no se demoró nada en abrirme, la abracé y le dije:

— Me atracaron.

Ella me abrazó y, murmurando palabras tiernas, me limpió y al verme casi desnudo, me prestó una blusa y una pantaloneta; yo no dejaba de temblar, me acosté y me cobijó, se recostó sobre mi pecho y me abrazó fuerte; yo, mirando el techo, sonreía y me asustaba con cada ruido, hasta cuando el temblor del frío y los nervios fueron disminuyendo, la palma de la mano comenzó a palpar fuerte y me ardía pero, de repente, me quedé dormido.



Figura 7.

UN MOMENTO DE GLORIA

Estaba yo brillando la vajilla para el gran evento, cuando se acercaron dos hombres a la barra: uno ya mayor, evidentemente borracho, otro más joven que se hacía cargo de él y quien no podía disimular su preocupación. El hombre más joven me pidió que me hiciera cargo del mayor por un momento, prometió no demorarse, me suplicó que no lo perdiera de vista, yo acepté y me quedé con el borracho que, sentado en una silla, cabizbajo de vez en cuando, parecía emerger de un sueño profundo y cantaba repetidamente el coro de una vieja canción. No pude evitar sentir nostalgia, ver en aquel bohemio ya mayor a mi papá, en sus incontables borracheras y en ese gozo aguado que lo enajenaba, entre la picardía y la lástima que emanaba mientras era presa de su vicio. En esto volvió el joven atareado por el peso de unos instrumentos musicales, los descargó en el suelo y me pidió le sirviera un café, excusándose, sin necesidad, de que aún no había desayunado. Mientras tomaba su café no pudo dejar de contarme el motivo de su preocupación, me contó que el que estaba allí era su padre, que era el mejor saxofonista de la región y lo habían contratado para tocar en ese evento, era bastante lo que le pagaban, mucho ya lo que le habían adelantado y que los homenajeados no querían más que oírlo tocar a él; me contó la odisea que vivió la noche anterior cuando, al cuidado de la sobriedad de su padre, se descuidó por un momento mientras fue a comprar algo de comer, y al volver ya no lo encontró y lo buscó toda la noche, hasta que a la madrugada lo encontró alcoholizado en el parque de Santiago. Que como pudo lo aseó, lo trajo hasta aquí, y ahora no sabía qué hacer para que su papá recuperara algo de la cordura, y no fallara en la interpretación. Lo tranquilicé asegurándole que tenía el remedio perfecto (había aprendido yo mucho de las técnicas de lidiar con borrachos). Le hice preparar un café bien cargado sin azúcar, que el viejo se tomó casi a la fuerza, diciéndome de broma:

— ¿Acaso me quieres envenenar?

Luego le serví un consomé bien caliente y salado que se tomó con gusto, al cabo de pocos minutos fue recobrando la sobriedad; entonces, el padre y el hijo se pusieron a afinar los instrumentos y a ensayar los temas; el hijo aún se notaba preocupado, sentía que su papá no estaba tocando bien, aunque para mí era perfecto.

Cuando comenzaron a llegar los invitados, ellos se fueron a la parte trasera del escenario a seguir ensayando. El evento comenzó, las personas más distinguidas habían sido invitadas, transcurrieron los primeros actos protocolarios y avanzó el homenaje a la distinguida pareja; entonces, vi aparecer en el escenario al maestro transfigurado que, con gran solemnidad, se sentó en el taburete y empezó a interpretar el saxofón; ahí entendí yo que no estaba tocando tan bien hacía un rato. La melodía fue volviéndose más hermosa y la magia emanaba de ese Febo encarnado en forma de música. Me extasié con esas melodías y no pude evitar dejarme contagiar de la inmensa admiración de los invitados del salón e, igual que la mayoría, conmovirme y derramar lágrimas de alegría.

LIMPIEZA SOCIAL

Ya es media noche, Alex golpea a la puerta, no esperaba que fuera tan puntual, nunca lo ha sido. Yo me levanto del sofá muy lento, como si con mi lentitud detuviera el tiempo; estoy decidido, pero pensaba en la posibilidad de que no viniera, de que se hubiera arrepentido. Ahora ya estaba aquí y no había vuelta atrás. Se me acelera el corazón, me sudan las manos y se me baja la tensión. Me pregunto por qué me pongo tan nervioso, si ya todo estaba decidido, si llevamos meses calculando con toda frialdad y resolución, como los mejores de los sicópatas, convenciéndonos de la conveniencia de esta obra. Abro la puerta, Alex me saluda entusiasmado, pero está pálido, debe ser del frío.

Corro a mi habitación, de debajo de la cama saco el maletín y nos dirigimos en silencio al garaje, allí saco del maletín los guantes, le entrego su par, me pongo el mío, luego saco la caja que contiene la pistola. Pensar que Alex se haya vuelto en tan poco tiempo tan hábil manejando moto, cuando la idea principal era que yo iba a manejar y que él iba a disparar. Pero resultó que él, se desenvolvía mejor con la velocidad y yo resulté teniendo mejor puntería; en los ensayos siempre tomaba con firmeza la pistola, pero esta vez sentía mi mano blanda; volteé la vista hacia Alex, preocupado de que notara mi nerviosismo, pero él parecía ido, con la mente en otro lugar, el silencio resultaba incómodo.

Ya con los cascos puestos y listos para montarnos en la moto, nos dimos un fuerte apretón de mano, y yo le dije:

— Es lo mejor que podemos hacer.

— Lo sé — dijo Alex, dibujando una sonrisa forzada —; por fin vamos a actuar, a hacer algo bueno por esta sociedad.

Yo asentí con la cabeza y nos montamos en la moto. Al salir del garaje sentí como un violento chapuzón el choque con el frío; de inmediato comencé a temblar y a sentirme incómodo en la moto; empezó a surgirme cierta angustia, como una especie de paranoia; buscaba con la mirada los testigos de nuestra acción y, a falta de personas por la desolación de las calles, llegué a ver las ventanas como cristalinos ojos que, con sus reflejos de luz, nos juzgaban; bajé la vista avergonzado, me increpaba en silencio por mi debilidad: ¿acaso estoy haciendo algo malo? Al contrario, voy a hacer un bien, algo que es necesario.

— ¿Por aquí es?

— Sí — respondí y decidido levanté la vista. El miedo no me servía para nada. Levanté la frente, soberbio, fruncí el ceño, apreté los labios; reconocí que estábamos cerca y cargué la pistola.

John era un vecino nuestro; aunque nunca nos habíamos encontrado antes, era seguro que él había jugado en las mismas calles que yo; además, teníamos la misma edad. Yo lo conocí ya perdido; mientras yo trabajaba por un futuro seguro, él estaba preso de su vicio, vivía para satisfacer su necesidad inmediata de prender la pipa y absorber el bazuco. Lo conocía hacía años pidiendo plata por supuestamente cuidar los carros fuera

del restaurante en el que yo trabajaba para pagarme mis estudios. Había conversado con él muchas veces, acerca de su vida y cómo había comenzado en el vicio. Tenía una excelente voz para interpretar canciones de salsa, era un excelente émulo de Willie Colón y de Héctor Lavoe. Siempre mostraba hacia mí un gran aprecio y, después de dos veces que me pidió alguna moneda, no volvió a molestarme más haciéndolo.

Aunque ya lo conocí vicioso, los últimos meses percibí en él un deterioro acelerado; ya no sólo fumaba bazuco, sino que también olía bóxer, lo que parecía que le hacía perder totalmente la conciencia, se desnudaba en plena calle, peleaba con adversarios imaginarios y había agredido a algunos de mis compañeros, aunque a mí no; por muy mal que estuviera, nunca se dirigió grosero hacia mí; cuando estaba muy perdido y yo le hablaba, me miraba furioso pero no me respondía, a diferencia de otros compañeros del trabajo a los que insultaba si sólo lo miraban. Yo sabía que también robaba, cuando no lograba reunir lo suficiente, sabía que en su casa vivían más adictos, como él, un hermano y un primo, además de su sufrida abuela. Me había contado de las muchas veces que había intentado rehabilitarse, pero cómo volvía a caer una y otra vez, cada vez con más fuerza. Cuando yo dejé de trabajar en el restaurante para dedicarme a mi profesión, le prometí ayudarlo. Seguro, él entendió que le iba a regalar dinero, por lo que se apareció unas dos veces por mi casa a pedirme que le regalara algo, que recordara mi promesa. Yo le regalé algunas prendas que ya no usaba, pero le pedí que no volviera, que esa no iba a ser la forma como le iba a ayudar, que tenía que esperar y que yo lo buscaría.

Esta noche era el día en que, por fin, lo iba a ayudar, pues lo había escogido a él para ser el primero. Dicen los conocedores de los perfiles criminales que un asesino siempre comienza por matar a alguien cercano; yo nunca me consideré un sicópata pero sabía que esa noche me iba a convertir en asesino, por una causa, por una forma de combatir la impotencia que se sentía frente a una sociedad dañada, por aportar mi granito de arena al bienestar social, y ya era la hora, los desechables habían invadido las calles, poblado las noches, afeado el paisaje, sembrando el terror en las calles desoladas, molestando en los momentos agradables con sus mentiras y peticiones. Enfermos, enfermos sin cura, condenados a una muerte lenta y vana. Y ya que estaban condenados, ¿qué tenía de malo empujarlos antes y de paso librar de su presencia a los que aún tenían alguna esperanza?

Llegamos al parque donde sabíamos que iba a estar, ese era un lugar donde muchos adictos iban a aplicarse su vicio. Esta iba a ser la primera advertencia; de ahora en adelante podían caer primerizos e inocentes, pero era el riesgo que ellos mismos habían decidido correr. Al menos, de este estaba seguro, seguro de que no tenía salvación; lo había conocido y hoy lo iba a ayudar, iba a librarlo de lo por sus propias fuerzas no había podido liberarse. A liberarlo y a liberarnos.

Estaba de espaldas contra un muro arreglando la pipa y fumando el bazuco, llevaba una camiseta blanca deshinchada y sucia, un jean grasiento amarrado con una pita, tenía un solo zapato y el cabello negro y crespo mojado.

— ¿Ya? — preguntó Alex, con un susurro, para que no lo oyeran.

— Ya — contesté, apuntando con el arma.

La primera descarga rompió el silencio de una noche ensordecedoramente muda, fallé la puntería porque le di en el brazo y la sangre saltó escandalosa por el lugar; él cayó al

suelo, pero de inmediato se levantó y corrió intentando escapar; lo seguimos hasta alcanzarlo y, cuando ya lo tuve muy cerca, le grité su nombre:

— ¡John!

Él volteo la cara, no sé si me habrá reconocido la voz, la misma voz que muchas veces lo llamó para mostrarle a sus amigos lo bien que él cantaba. Sólo vi en esa fracción de segundo esa mirada de terror, de un ser indefenso por completo, de un ser confuso y dolido; en ese microsegundo, fue de nuevo humano, antes de que descargara otra bala en su cabeza y lo dejara en el suelo, con el rostro destrozado y sin vida.

Así volvimos rápido, nos percatamos de que nadie nos siguiera; guardamos la moto y nos sentamos en el garaje, casi desmayados, con una emoción indescriptible y totalmente nueva; habíamos cruzado una línea sin posibilidad de regreso, nos veíamos enfrentados a una realidad y presión que muy pocos conocen, de la que se ha hablado muy poco. Permanecemos así durante algún tiempo, sin pronunciar palabras, hasta que Alex se levantó y se dirigió a la puerta, diciéndome:

— Todo salió bien, mañana nos vemos.



Figura 8.

EL MONSTRUO BAJO LA CAMA

Ya en su habitación, se apuró a apagar las luces y a meterse entre las cobijas; esperaba esa hora con ansias todas las noches, con la vista puesta en el techo iluminado por estrellas artificiales, estaba erizada toda en una mezcla de temor y placer; entonces dejó caer la mano fuera de las cobijas, a un lado de la cama, y esperó. De debajo de la cama salió una mano fría y negra que tomó su mano, subió por su brazo, hasta su cuello, la tomó por la mejilla y jaló hacia abajo, entonces una sombra negra, de ojos que brillaban en la oscuridad, la besó, y ella se abrazó a esa sombra con cariño.

Todo había comenzado meses antes cuando una noche ella, decepcionada y triste, se arrodilló al borde de la cama a llorar un desamor con la luz apagada, y sintió una mano fría que le rozaba la pierna; se agachó y buscó debajo de la cama para ver si había algo, pero nada, así que lo atribuyó a una sugestión suya debido a la pena. Siguió llorando desconsolada, pero nuevamente sintió que la tocaban; esta vez, asustada, salió de su habitación y se lo contó a sus padres, quienes se burlaron de ella; aun así, esa noche durmió en la habitación de ellos. Y sólo días después volvió a su cuarto, cuando la impresión ya le había pasado.

En esto seguía triste, desilusionada del amor, de los hombres, de las esperanzas y permanecía mucho tiempo sola, pero la sensación que tenía en las noches, cuando apagaba la luz, era diferente; sentía que había alguien allí que la acompañaba, así que en medio de su soledad y su afán tal vez inconsciente de buscar relaciones diferentes a las desastrosas relaciones con seres humanos, con curiosidad buscó modos para percatarse de la existencia de esa presencia que la asediaba. Se arrodilló otra noche al borde de la cama y esperó, pero no pasó nada, así que, desilusionada y sintiéndose ridícula, apagó la luz y se disponía a acostarse, cuando sintió la mano en su pie desnudo; atónita se quedó inmóvil, y aquella mano, que en una primera impresión fue fría, se entibió rápidamente con el contacto con su piel. Se tapó la boca con las manos, y unas lágrimas le brotaron por el miedo, pero se mantuvo quieta, dejándose acariciar por esa silueta oscura que salía del fondo de la cama.

Tomó fuerzas, y se agachó para ver debajo de la cama, por la oscuridad no vio nada, pero tomó con sus manos la mano que le acariciaba el pie, se agachó más y vio dos luces que brillaban en el fondo, dos pequeñas estrellas que rompían la oscuridad. Pero, entonces, a pesar de no sentirse aterrorizada, corrió a prender la luz, y volvió a buscar debajo de la cama, pero no encontró nada; esa noche durmió con la luz prendida, pero esta vez ya no le dijo nada a nadie. Permaneció así varias noches hasta cuando volvió a tomar valor y la curiosidad fue muy grande, entonces apagó las luces una noche y se sentó en el suelo, estiró la mano y esperó; al instante una mano fría tomó la suya y rápidamente se entibió con el calor de la suya, y sintió que un cuerpo, algo como de un ser humano, emergía de debajo de la cama, y vio de nuevo esas dos luces que extasiaban

y que hacían las veces de ojos; ella lo saludó y él le respondió, pues sabía hablar como las personas, y así noche tras noche se encontraban cuando ella apagaba las luces, y conversaban; él ahora le contaba de los oscuros secretos del mundo del subsuelo y ella le contaba cómo eran las cosas en el día, se acercaba a él para que él sintiera abrigo, y él le traía cada noche una estrella en miniatura que brillaba en la oscuridad; ella las fue pegando una a una en el techo y su habitación se volvía cada noche un firmamento estrellado. En el día ella moraba como perdida en medio de las personas y ansiaba la hora de la llegada de la noche y cuando todos se fueran a dormir ir a encontrarse con la silueta oscura de ojos brillantes que se abrigaba al tacto con la piel, como un reptil del calor humano, y que tenía una voz preciosa que contaba historias maravillosas de mundos nunca antes explorados por los seres humanos.

Ella se acostumbró a llevarle algo de comer cada noche, un día unos chocolates, él saboreaba esos bocados, como con el mayor placer, los disfrutaba y ella se asombraba de verlo disfrutar, de tal manera, pues nunca antes había visto a nadie gozar tanto de la comida, así mismo ella se deleitaba con las historias que él le contaba. Hasta que una noche él le llevó un planeta en miniatura que brillaba más que las estrellas anteriores y era más grande, alrededor del cual giraba un objeto en una órbita resplandeciente, y también le llevó una estrella fugaz que se deslizaba por todo el techo entre las demás estrellas y que era graciosa pues era escurridiza a las miradas. Esa noche ella no llevó nada de comer, pero en cambio se atrevió a darle un beso, buscando sus labios en ese rostro oscuro, los ojos se apagaron por un instante y sintió unos labios carnosos y suaves, luego ella lo tomó de la mano y lo invitó a subirse a la cama, se recostaron juntos y se besaron.

Así cada noche ella apagaba las luces y se acostaba en su cama, entonces él se deslizaba entre sus cobijas, se besaban, hacían el amor, conversaban y contemplaban el firmamento artificial. Era un amor maravilloso. Pero esa noche sin saberlo aún ellos, sería la última vez que contemplaran juntos el firmamento mágico que tenían en el techo.

Ya que ella quien había recobrado la alegría y vivía muy contenta en el día, ganó muchos amigos y también muchos pretendientes. Uno de ellos, el más insistente, la llamaba de manera constante y hablaban a cada rato, y se asombraba de la imaginación de aquella chica que a veces describía mundos increíbles. Ella no dejaba de disfrutar de su romance nocturno, pero comenzó a sentir nostalgia del calor humano verdadero, quería salir tomada de las manos con su novio, presentárselo a sus padres, salir a comer, salir a bailar, que lo vieran sus amigos. Así que se relacionó mucho más con su amigo y no le contó nada a su amante nocturno.

Una tarde aquel joven la llevó en su moto a ver un atardecer fuera de la ciudad y el éxtasis de ese atardecer, que aquel ser de la noche nunca podría ver, hizo el ambiente propicio para que se besaran; ella volvió a casa confundida, pero no dijo nada, evadió la presencia del ser nocturno durmiendo con la luz prendida.

Luego, después de aquella tarde, las cosas comenzaron a cambiar, ella llegaba más tarde a su casa y se dormía rápido; a veces él se quedaba hablando solo, y ella dejó de llevarle pasabocas, y dejó de contarle lo que hacía durante el día. Una noche, ante la insistencia del joven diurno, con el que también comenzó una relación, lo llevó a su habitación y le

permitió recostarse en su cama junto a ella, él quiso apagar la luz, pero ella se lo impidió, lo besó y estuvieron juntos con la luz prendida. Luego, cuando se fue, a la madrugada, ella apagó la luz y se recostó preocupada en la cama, pensando en lo que había hecho, en cómo había engañado a quien había sido su secreta compañía durante ese tiempo, esperó a que apareciera, pero no pasó nada, entonces se asomó a ver debajo de la cama, a ver si se divisaban los ojos brillantes de su amante nocturno, pero no había nadie; luego, esperó muchas noches con la luz apagada, pero él no volvió a aparecer ni a emerger de debajo de la cama y las estrellas fueron perdiendo su luz cada noche, hasta cuando dejaron de brillar para siempre.

CAMINATA NOCTURNA

Salí en busca de un cuento en medio de una noche fría, esperaba encontrar algo que pudiera impactarme, de manera que fuera digno de escribir. Me encontré, primero, con un violento viento que intentaba maliciosamente congelarme, un viento jugueteón, una ventisca de agosto, de temporada de vacaciones, esa que hace pequeños remolinos y tormentas de polvo, que hace bailar las bolsas vagabundas por el cielo, que hace parecer que los papeles tuvieran vida, que destecha las casas y hace que se batieran los cables de luz.

Fue un encuentro brusco pero agradable, respiré hondo el aire frío y deseé poder ser tan liviano para que el viento me llevara volando, pero mi pesadez me hizo seguir por en medio del viento, a través de las calles desoladas de un lunes en la noche; de seguro a esa hora ya estaban durmiendo algunas personas, o estaban distrayéndose de su vida viendo telenovelas o sacando callos en las yemas y las nalgas frente al computador, o haciendo alguna tarea a última hora después de haber tenido el tiempo suficiente, y más. Pero no hubo nada extraordinario para escribir.

Y caminaba por en medio de las calles anaranjadas por la luz de las bombillas, aquellos resplandores que no dejan ver el verdadero color del cielo, pero todo estaba terriblemente solo, sicóticamente solo, abandonadamente solo; sólo de vez en cuando alguna fuerte luz me cegaba y el ruido de máquinas me brindaba una leve sensación de momentánea compañía, el ambiente era encantador, tanto así que deseaba que algo extraordinario pasara, estaba expectante ante una inclinación de los edificios, o la aparición de seres extraños, pero temía que la única aparición sorpresiva fuera algún ladrón que me saliera al paso, pero esto era normal, un miedo interiorizado que llevamos todos los viandantes en la noche, realidad que se mostró después cuando, por fin, encontré a una persona por estas calles; ella se sintió nerviosa al escuchar mis pasos tras los suyos, y aceleró el ritmo, tanto así que no pudo evitar voltear a ver, pero esto no le fue suficiente para bajar su nerviosismo, que intentaba ocultar simulando que caminaba normal; yo me sentí incómodo por esto, aceleré el paso y estuve seguro de que cuando pasara a su lado se le detendría el corazón por unos segundos, pero yo simplemente la adelanté, para mostrarle que no llevaba malas intenciones y no me interesaba su presencia, ni su camino, pero, de forma irónica, cuando estuve adelante, yo comencé a sentirme nervioso.

Hasta cuando volví a estar solo en medio de las frías calles, con la nostalgia de las calles anaranjadas, y las aceras heladas por los inclementes vientos, pendiente de esos pequeños espacios de sombra que despertaban la curiosidad y que daban pie a la desconfiada imaginación, a sospechar peligros inminentes. Pero que defraudaban con su soledad.

Cuando podía caminaba por en medio de la plena calle, para evitar ser emboscado contra un muro y para tener la posibilidad de salir corriendo ante un encuentro

indeseado. Así, hasta cuando llegué a una zona más concurrida, más viva aun gracias al comercio, pero que se preparaba para deshabitarse en la noche; entonces, me dirigí hacia el que a veces era mi trabajo, donde aparecí de civil como un intruso, como una mala influencia que saludaba a las amigas y que era expulsado por la mirada del jefe de turno. La excusa que tuve para haber llegado de improviso fue recoger la sombrilla de rayas rojas y blancas que había dejado, pero en verdad mi intención era esperar a que saliera del turno una de mis amigas, así que me senté afuera a esperar y, mientras eso ocurría, tuve que hablarles a dos compañeros, en una charla superficial; la verdad, no soportaba a uno de ellos, además de que yo esperaba tener una inspiración y quería sentirme novelesco, lo suficientemente poético, pero con ello me sentía tan terrenal, tan rutinario, tan a ras del suelo como cualquier empleado aburrido, pero creía que en ese momento yo no lo era, yo era el escritor, yo era algo más que la simple realidad y los horarios, pero ellos no lo veían así.

Al que yo detestaba, todo le causaba gracia y yo, que intentaba hacer un verso de cada instante, únicamente recibía la burla absurda de aquel que a todo le sacaba broma, que me inculpaba por cada palabra de homosexual, era su fijación, su manera tácita de humillarme, entonces yo era más irresponsable con mis palabras e intentaba ser más provocador, pero su terquedad era extrema y me sentía frustrado, debía callarme y reprimir mi deseo de partirle la cara por asunto tan nimio, pero, de pronto, una hermosa aparición rompió el mal momento, aunque su llegada no era en sí una alegría, pero siempre resultaba un deleite y ella, con cierta complicidad, me invitó a la tienda para comprar cigarrillos, era su vicio y yo era su cómplice en eso, aquella mujer hermosa, que todos deseaban pero que parecía inalcanzable, aquella coqueta que sabía sembrar esperanzas en todos, para alcanzar el beneficio de pretendida, pero la que a nadie daba algún don; yo, por ejemplo, era su compañero de cigarrillos, gastaba los cigarrillos con ella y sólo era visible para ella en esos momentos, o cuando no tenía quien la llevara en moto y, entonces, tenía que buscar un acompañante a pie, fumábamos e intentábamos sacar de ese humo echado al aire un momento mágico. Yo esperaba tener una alteración de la conciencia tal que estimulara mi creatividad, pero sólo sentía acentuado mi frío. O esperaba ser aquel personaje misterioso que resulta sexy con el cigarrillo, pero seguía siendo un torpe desocupado, aún sin una idea para escribir. Tal vez estos podrían ser los personajes de mis historias, aquel el bufón malvado de un relato y ella esa perverso amor desilusionante. Pero no sabía en que historia meterlos.

Nos cerraron la puerta del negocio prácticamente en la cara, y entonces salió la que esperaba hacía rato; me despedí bruscamente del resto y me fui caminando tras ella; caminamos hasta su casa, que quedaba cerca, por las calles desoladas que, con compañía, se tornaban azuladas; admiramos la luna juntos y vimos una masacre de lombrices en la acera, que no supimos de dónde salían, lombrices de tierra, en plena calle, en plena ciudad, por montones; me pareció una buena idea para escribir, ver a las lombrices que se arrastraban por el pavimento, exiliadas de algún lugar secreto, me sentí contento (¿podría llamársele a esto extraordinario?) Luego, en la esquina de su casa nos besamos como dos fugitivos, temiendo que nos encontraran los conocidos o su novio, mientras hablábamos con descaro sobre cómo ella se había ya reconciliado con su novio, y le había negado lo que él presenció cuando tuvimos la imprudencia hacía algunos días de besarnos en el parque; a mí me resultaba curiosa esa relación abierta que tenía por

regla no enamorarse y que nos libraba del engaño por medio de un pacto de sinceridad, engañando a otros; nuestras charlas terminaban siempre con la hipótesis del posible enamoramiento de uno de los dos (¿y si tú te enamoras?, ¿y si más bien tú te enamoras?). Luego ella entraba a su casa y yo gozaba unos últimos instantes de ese éxtasis antes de que se desvaneciera por completo, porque la alegría y el placer son como el aroma de un perfume en un lugar aireado, que se intenta atrapar pero se escabulle rápidamente.

Volví por las mismas calles desoladas, ahora el peligro era el doble porque ya era más tarde, además de que los ruidos que rompían el silencio nocturno ya no eran los pitidos de los vigilantes, como cuando salí; de seguro ellos ya estaban durmiendo, no se oían sino fortuitos ladridos de los perros desde las terrazas de las casas. Caminaba más rápido, aunque intentaba ser elegante caminando con la sombrilla como bastón, tal como el pingüino de Batman, quería ser el personaje de un buen relato, quería convencerme de llevar una vida interesante, intentaba sacar lo profundo de unas simples vivencias y quería metaforizar mis banalidades para que parecieran fantásticas. Pero volví a la casa decepcionado, intentando sacarle algún resquicio mágico a alguna de las vivencias, pero sólo me encontré con recuerdos, con instantes pasajeros que parecían subir al clímax, pero que se enfriaban al concatenarse unos con otros, sin verdadera ilación, sólo como en una yuxtaposición de escenas. No había magia en el mundo, ¿de donde habían sacado Poe y Borges sus ficciones? yo miraba tal vez las cosas más como Chejov, pues sólo encontraba en la realidad la mezcla de los tragos fortuitos de la sobriedad o la embriaguez.



Figura 9.

ÁNGEL DE LA GUARDA

En el momento de bajarme del bus alguien tomo mi brazo. Al voltear la cabeza, mire a una anciana, quien me agarro fuerte y me dijo:

-¿me ayuda por favor?-

-con mucho gusto- le dije

Y bajamos juntos. Me percate entonces que era ciega, por lo perdida que tenía la mirada y como tanteaba el aire con el brazo.

-¿me puede acompañar unas calles?- me preguntó

-¿a donde va?-

-¿a donde va usted?-

- voy hasta la calle 20-

-¡que bueno!- exclamo sonriente-también voy para allá, usted es un angelito que Dios me ha enviado para acompañarme.-

Sonreí ante tal ocurrencia y seguí caminando hasta mi oficina, al paso lento de la anciana, con la conciencia de que llegaría tarde, pero no me importó. Me asombraba la candidez de esa señora y la alegría que emanaba. Por el camino me contó sobre sus hijos, comentaba orgullosa que la querían mucho y como se reunían en diciembre y en su cumpleaños, para darle regalos. Cuando llegamos a la puerta de mi oficina, le dije:

-Bueno, hasta aquí voy yo, ¿a donde va usted?-

- Déjeme aquí, y muchas gracias, ya enviaré Dios otro angelito que me acompañe-

- pero, ¿a donde va?-

No me respondió y tanteo con el brazo el aire, como sí viera con las yemas de los dedos, entonces se aferro al brazo de una joven mujer que pasaba por la calle:

- ¿me ayuda por favor?-

- con mucho gusto- dijo la muchacha

- ¿a donde va, señora?-

- ¿a donde va usted?-

- hasta la calle 17-

-perfecto- dijo la anciana, con una sonrisa picara- también voy para allá, usted es un angelito que Dios me ha enviado para acompañarme.

Sonrieron las dos, y se fueron conversando.

JUSTIFICACIÓN

Dios creó el tiempo y puso en él al hombre, el hombre lo midió, lo dividió, lo categorizó, y lo hizo desagradable al crear los horarios y los despertadores. Así, un ruido molesto hace mella en los oídos prestos al peligro cada mañana, se pasa de esa realidad segura donde puedes ser herido, volar y morir muchas veces, donde las incoherencias, la continuidad y las apariciones son posibles, donde puedes volver a gozar la presencia de los ausentes, tenerlos allí como si de verdad estuvieran. Y con ese sonido torturante pasas a la punzante realidad, al estar despierto, donde cada cosa del medio se te clava con sus agudos filos, el ruido, el frío, la luz. Ahora tienes que tomar la decisión trascendental, hacer uso de tu albedrío de levantarte o seguir en la cama. Te revuelcas en medio de las cobijas como un gusano moribundo, como un gusano expuesto te vuelves consciente de todas tus excrecencias, lagañas, sudor, flatulencia. Negocias con el tiempo, intentas frenar esa corriente imparable, anhelas darte cuenta de que aún estas en el sueño, quieres mantener las emociones puras de los sueños que se van desvaneciendo, quieres retenerlas como al dulce abrigo de ese espacio que maternalmente te protege en la noche, y en una medida convencional, aprendida como la división del tiempo, propones alargar el placer cinco minutos, y cinco minutos más, pero ya no es lo mismo. Ahora un ruido mudo suena más fuerte y perturbador que el primero, se llama Deber y se te impone como una angustia. Un impulso inercial te mantiene pegado a la cama, tu conciencia es diferente a la del día anterior, cuando te hiciste tantos propósitos, en cambio en este instante no hay más que un absoluto, ese placer perverso de resistirse a vivir, cuando lo que se debe es mantenerse en la vigilia, producir, consumir, construir, dejarse llevar por lo absurdo. Es una transgresión al orden natural despertarse de esa manera; la espontaneidad que debería existir en el mundo bajo los designios divinos se mancha siempre por el artificio de la voluntad impuesta. Entonces, no queda más que levantarse porque la ley humana pesa más que la divina.

Corres, corres, aprietas el maletín y mueves ansiosamente el pie, te sientes culpable frente a esos sagrados modelos del *marketing*, rezas el acto de contrición al sistema por esos pecaminosos cinco minutos que se alargaron cínicamente. Pero llegas tarde, tienes que sufrir la incomodidad, las sanciones, las miradas inquisitivas. Cuando ya estás ahí, donde es tu deber estar, resistiendo la furia de tus dueños, miras al cielo, y lo comprendes, entiendes tu origen divino. Te das cuenta de que las cosas se dan naturalmente, comprendes que eres un mártir, un Cristo que sufre la ignominia para mostrarles a los hombres que la eternidad existe. Y que los dioses estamos más allá del tiempo.

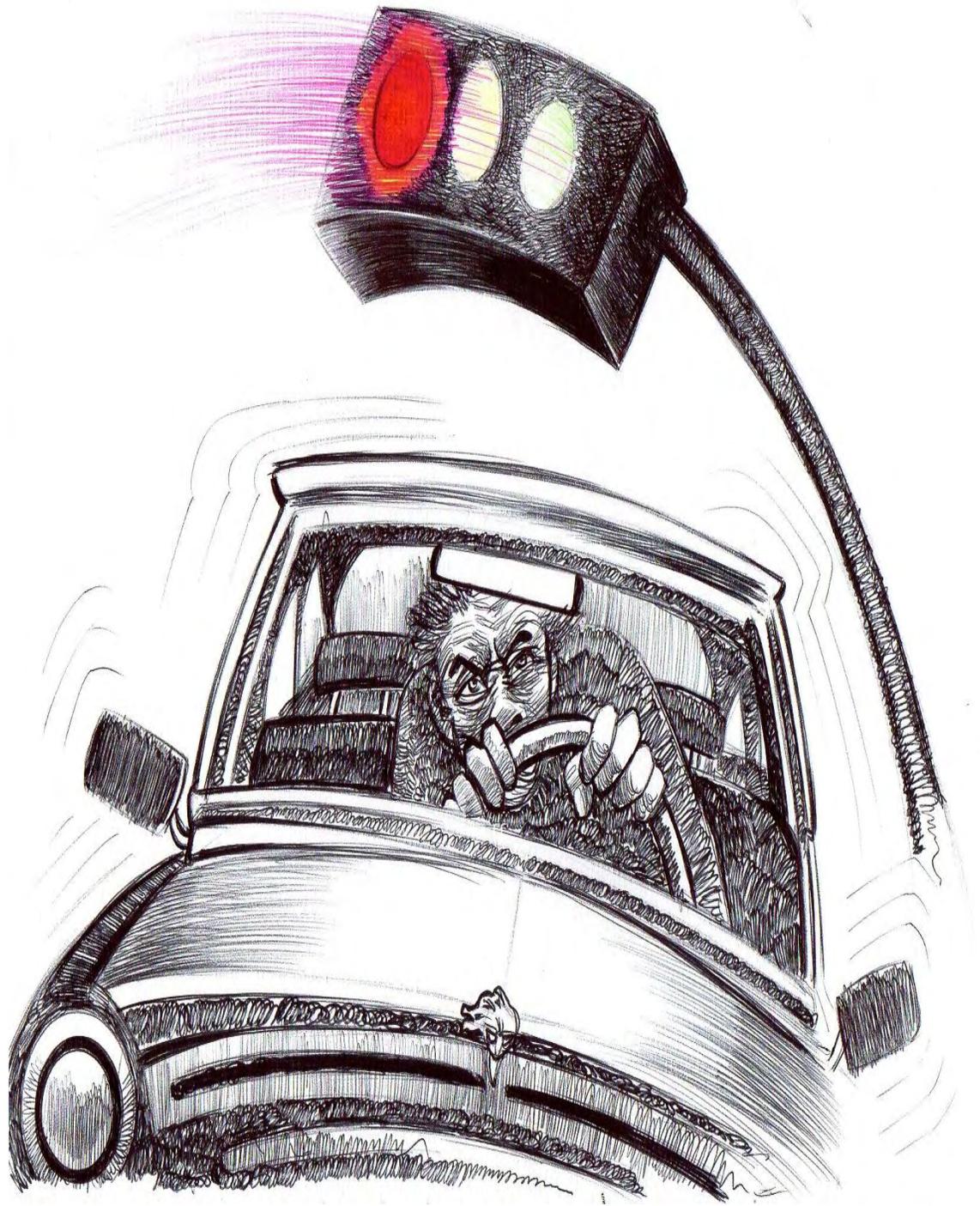


Figura10.

ATARDECER CONGELÁNDOSE EN MI MEMORIA

El sol desaparece tras la gran montaña viva, la ausencia de sus rayos de luz y de fuego abre paso a una fuerte helada nocturna, el cielo limpio de toda nube aún conserva su azul, aunque la oscuridad comienza a expandirse ovalada desde el centro. Se refrigeran las aceras, los metales se vuelven agresivos, los vellos se enervan, las manos se ocultan en los bolsillos. Los vientos gélidos estremecen los cuerpos expuestos que se cubren y se esconden, nostálgicos ya del simulacro de calor de un día muy particular, tienen que reconocerlo, tienen que aceptarlo: esta es una ciudad fría, este es su ser y la noche les cobrará con creces esas horas de calor intenso, de resplandor de un falso verano. Un tropel de carros se detiene ansioso frente al semáforo, la miscelánea de sus luces, el ronroneo de su motor y los estallidos de los pitos. Se sienten retenidos. Calientan el motor, sueltan esporádicamente el freno, cabecean las máquinas, no soportan ese instante, tienen que seguir su marcha, su rutina, no pueden detenerse. El vano afán está justificado, aunque no tuviera sentido, no hay tiempo para pensar, no hay tiempo para cambiar de camino. Naranja, en sus marcas, listos, verde, ¡fuera!